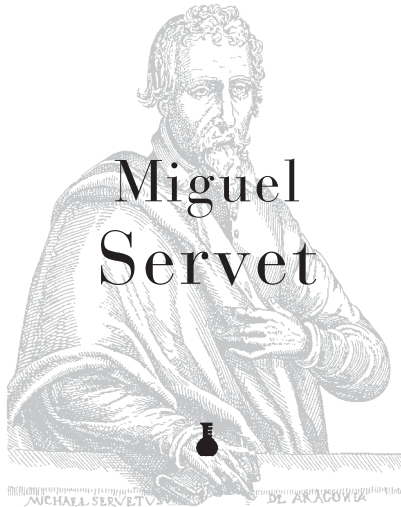


Ángel Alcalá



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-67 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Ángel Alcalá

I.S.B.N.: 84-95306-48-4

Depósito Legal: Z. 1185-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



DE ENTRADA	5
LA SENDA DE UN PERSEGUIDO	7
Familia	7
Educación	9
Buscando su camino	17
Los doce años finales	22
SERVET, SABIO	34
La <i>Geografía</i> de Tolomeo	36
La <i>Apología contra Fuchs</i>	41
<i>Tratado universal de los jarabes</i>	43
<i>Discurso en defensa de la Astrología</i>	48
La circulación de la sangre	51
SERVET, HEREJE	60
Qué es herejía	60
Las fuentes	62
Mente y criterios	66
De <i>Errores de la Trinidad a Restitución del cristianismo</i>	69
SERVET, MÁRTIR	80

CONCLUSIÓN	89
OBRAS DE SERVET, Y CÓMO SON ASEQUIBLES	91
Nota bibliográfica	93

DE ENTRADA



Hasta hace poco, si se preguntaba por Servet, o si su nombre salía a relucir en una conversación, fuera social o erudita, sólo un par de datos sobre él solían ser capaces de citar el interrogado o los participantes en esa hipotética tertulia: Servet fue el descubridor de la circulación de la sangre, y Calvino, dueño espiritual de la protestante ciudad de Ginebra, en Suiza, lo mandó matar porque Servet no creía en el misterio cristiano de la Santísima Trinidad. El mejor enterado podría añadir, quizá, que nació en Villanueva de Sijena; y, como mucho, que su muerte dio origen al movimiento que culminó en el reconocimiento universal de lo que hoy llamamos libertad de expresión, uno de los más elementales derechos humanos.

—Pero ¿no se ha dicho siempre que la circulación de la sangre la descubrió el médico inglés William Harvey casi un siglo más tarde?—parece replicar alguien.

—¿Y cómo se puede decir —ataja otro— que Calvino cometiera un crimen mandando quemar vivo a Servet, si éste negaba el más esencial dogma cristiano? ¿Es que España por medio de la Inquisición, sin ir más lejos ni mencionar otros países, no hacía arder a miles de personas por delitos mucho menores, como a judeoconvertos por no comer tocino o a simples acusados de brujería?

DE TRINITATE

TIS ERRORIBVS,
LIBER PRIMVS.



IN SCRVA
tandis diuina
ne Triadis,
sanctis arcá
nis, ab homi
ne exordien
dum eo du
xi, quia ad
Verbi spe
culationem,
sine funda

mento CHRISTI, ascendentes, quam plurimos
cerno, qui parum aut nihil homini tribuunt, et ue
rum CHRISTVM obliuioni penitus tradunt:
quibus ego ad memoriã, quis sit ille CHRISTVS,
reducere curabo. Ceterum, quid, quantumq; sit
CHRISTO tribuendum, iudicabit ecclesia.

Pronomine demonstrante hominem, quem hu
manitatem appellant, concedam-hæc tria. Primo
hic est IESVS CHRISTVS Secundo, hic est
filius Dei. Tertio, hic est Deus.

Tria hæc in
homine cog
noscenda, at
teq; de Verbo
loquamur.

Página inicial de De trinitatis erroribus,
de Miguel Servet

to, pero también con todo rigor. Ni a uno solo de los datos y conceptos que se exponen les falta la base documental y científica que les garantiza una absoluta seguridad. La seguridad que te permitirá entusiasmarte con él, con su vida, con su doctrina, con su obra.

—El derecho a la libertad de conciencia y de expresión —oímos a un tercero— es también creación anglosajona, como nos enseñaron en la escuela: el filósofo inglés John Locke, el político estadounidense Thomas Jefferson, sin contar los ilustrados franceses que todos conocemos: Rousseau, Voltaire. Pero Servet...

Amable lector: las breves páginas que tienes en tus manos van a hablarte de Servet con todo entusiasmo, por supues

LA SENDA DE UN PERSEGUIDIDO



FAMILIA

Para hablar de Servet, hay que empezar por su pueblo natal: Villanueva de Sijena, cerca de Huesca. Allí se conserva aún la casa donde nació, hoy rescatada de las incurias del tiempo para ser sede del flamante Instituto de Estudios Sijenenses y foco de estudio y devoción de Servet. Consta la concesión del título de infanzonía, en 1327, a un Juan Serveto, vecino de Serveto, junto a la aldea pirenaica de Gistaín. Serveto debería, pues, ser el apellido correcto, pero el propio Miguel lo afrancesó en Servet. Su padre, Antón Servet, alias *Revés* (apodo familiar de incierto origen), era notario real al servicio del rico monasterio de monjas de la orden de San Juan de Jerusalén fundado en 1188 por Doña Sancha de Castilla, esposa del rey aragonés Alfonso II (no del homónimo castellano apodado “el Casto”, como algunos repiten) y madre de Pedro II.

Su madre, Catalina Conesa Zaporta, era de Barbastro. En los documentos notariales del padre su firma aparece casi siempre como infanzón, y un retablo de la iglesia del pueblo, erigido en 1558 por la madre y el hijo sacerdote, lamentablemente destruido en la Guerra Civil, representaba la efigie de los donantes con la inscripción “infanzona viuda y clérigo infanzón”. No hay, pues, atisbos de ascen-

dencia judía, que tan ligeramente se ha atribuido a Servet, ni se puede montar sobre ella la motivación de sus doctrinas relativamente antitrinitarias. Pero el segundo apellido materno puede sugerir algún entronque con la familia del banquero judeoconverso zaragozano Gabriel Zaporta, quien se construyó a mediados del XVI el magnífico palacio al que pertenecía el hoy llamado “Patio de la Infanta”.

Catalina y Antón se habían casado en 1504 y tuvieron tres hijos: Miguel, nacido quizás el 29 de septiembre, fiesta de San Miguel, pero casi ciertamente en 1511 (y no en 1509 como para disimular su identidad tuvo que



*Casa natal de Servet en Villanueva de Sijena
antes de su derribo parcial en 1970*

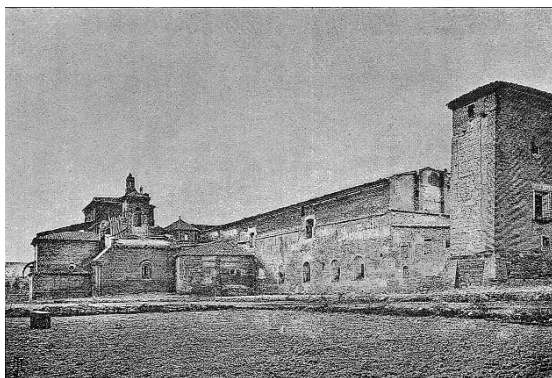
decir cuando estuvo en aprietos); Juan, cura de la cercana aldea de Poleñino tras haber sido secretario del arzobispo de Santiago; y Pedro, quien heredó el bufete notarial y tuvo, a su vez, tres hijos: el notario Antón, Pedro Antonio, obispo de Albarracín, y Marco Antonio, abad de Montearagón.



EDUCACIÓN

El buen sentido aconseja desechar cuanto se ha fantaseado sobre la educación de Servet y reducirlo a una conjetura comprobable. La amistad de su padre con el clérigo de Huesca Juan de Quintana, miembro de las Cortes de Aragón y muy ligado al vecino monasterio de Montearagón, le movería a hacerle cursar allí, entre los frailes de San Agustín, si no primeras letras —quizá superadas bajo tutela paterna—, sí estudios intermedios, con especial hincapié en humanidades, es decir, en gramática, historia, latín y griego. En 1525, al celebrarse en Monzón las Cortes aragonesas convocadas por Carlos I, debió de pedir Quintana al

padre del mozalbete que le permitiera llevarse al muchacho como paje y secretario. Quintana acababa de ser nombrado confesor y consejero del Emperador, y como tal le acompañó, junto con Servet, a importantes actuaciones. La firma de Quintana al pie de documentos en los que se decidió la suerte de los heterodoxos “alumbrados” de Toledo en 1525, los moriscos alpujarreños en Granada en 1526 y los escritos de Erasmo en Valladolid en 1527 atestiguan su participación, a veces decisiva, en los debates celebrados en esas ciudades, los cuales tuvieron que impresionar al sagaz observador que era su secretario. La orientación básica del pensamiento maduro de Servet quedó sellada en estas vivencias intelectuales de su juventud.



El Real monasterio de Santa María de Sijena, de la Orden de San Juan, del que fue notario el padre de Servet (del Aragón de Quadrado, 1886)

El alumbradismo (mal llamado iluminismo) fue un movimiento de personas piadosas, casi todas de origen judeoconverso, que se difundió secretamente entre Alcalá de Henares, Toledo y La Alcarria. Sobre la base de la suficiencia del amor a Dios y la fe en Cristo para obtener la justificación o salvación del alma, practicaban una vida espiritual al margen de la estructura eclesial, sólo guiados por su interpretación y asimilación personales de los textos de la Escritura y de la lumbre individual del Espíritu divino. Los alumbrados superponen, pues, la experiencia interior al magisterio y la autoridad eclesiásticos. Toda su vida Servet mantuvo, como ellos y como Juan de Valdés, la primacía de la experiencia sobre la ciencia.

La cercana presencia de Servet en las reuniones de Granada en las que se debatió el problema de los moriscos andaluces (que presentaron siempre especial agresividad contra la asimilación de la religión y cultura cristianas) y su conocimiento interno del mismo le convencieron, por una parte, de la inutilidad e indignidad de forzar en otros las propias creencias, y, por otra, de que la absoluta unidad de Dios —dogma común a judíos, cristianos e islámicos— debe ser el esencial vínculo de todos los creyentes, por encima de divisiones sobreañadidas.

Erasmus de Rotterdam (1469-1536), fraile agustino holandés y preceptor de Carlos I, fue el principal humanista del Renacimiento. Llevaba treinta años realizando ediciones

críticas de los grandes escritores de la Antigüedad clásica y eclesiástica, y ya había publicado su propia traducción latina de la Biblia, por estimar que la que hizo San Jerónimo (llamada “vulgata”, o sea, “divulgada”) encerraba no pocas inexactitudes sustanciales, cuando el también agustino alemán Martín Lutero inició en 1517 su rebelión teológica y religiosa que se trasformó en lo que hoy llamamos protestantismo. Al mismo tiempo, y de modo independiente, se imprimieron por impulso de Cisneros en Alcalá de Henares los gruesos tomos de la llamada *Biblia Políglota Complutense*, pero que no toca el texto latino de la *Vulgata*.

Muchas eran las concomitancias entre Erasmo y Lutero, a pesar de que éste aborrecía a los humanistas por excesivamente racionales; pero aparte sutilezas teológicas, coincidían en reclamar una religiosidad más interior y personal, centrada en la fe, en rechazar no las buenas obras sino las ceremonias exteriores y en criticar la corrupción y abusos de los clérigos. Por los mismos años abundaba España, especialmente las ciudades castellanas, en simpatizantes de la corriente alumbrada y lectores de Erasmo y Lutero.

Servet, espabilado y precoz adolescente, percibió toda esta problemática trascendental por el mero hecho de acompañar a Quintana a las reuniones de las oportunas comisiones que de ella trataron. Mientras tanto, perfeccionó su conocimiento del latín, el griego y el hebreo, de cuyo dominio pronto iba a dar prueba.



Erasmus, Lutero y Melancthon, por Cranach; y Ecolampadio, en grabado de Speiser

Su aprendizaje junto a Quintana quedó interrumpido por decisión de su padre, quien en 1528 le envió a la Universidad de Toulouse, en el sur de Francia, a estudiar Derecho con vistas a una carrera en la abogacía o en la administración. Pero los intentos del padre se estrellaron con la vocación del hijo, la cual se vio fertilizada en el efervescente y cosmopolita ambiente universitario de esa ciudad. Sus diez mil estudiantes y sus docenas de profesores procedían de diversos países de Europa. Rivalizaban por captar su atención los enzarzados en discusiones sobre Erasmo y Lutero, los partidarios de contrarrestar sus novedades continuando las doctrinas escolásticas medievales, los que frente a ellas propugnaban revivir la casi extinta Inquisición francesa, los proselitistas piadosos entregados a actos devotos... y los millares de ávidas prostitutas.

Andando el tiempo confesó Servet que más que el Derecho le atrajeron dos obras que dejaron también honda impronta en su mente. Una, *Theologia naturalis*, del filósofo catalán Ramón Sibiuda o Sibiunde, profesor en Toulouse, donde murió en 1436. En ella se plantea que Dios se manifiesta por dos libros: la naturaleza y la Biblia, y que la razón humana que despeja aquélla ayuda a intuir las verdades de fe, aunque a Dios sólo puede unirnos el amor. El racionalismo se da, así, la mano con un misticismo de rasgos originales. La otra obra fue *Loci communes*, de Philip Melancthon, el principal colaborador de Lutero y reorganizador de varias universidades alemanas, proclive a hacer

las paces con los católicos, con quien Servet llegó primero a simpatizar, aunque luego se atacarían mutuamente.

La coronación imperial de Carlos V significó otra curva en su senda vital. Aunque sólo había cursado en la Universidad dos años, no iba a oponerse su padre al deseo de Quintana de llevárselo a Italia a presenciársela. Se reunirían en Barcelona, de cuyo puerto zarparon hacia Bolonia. Probablemente conoció allí a los hermanos Alfonso y Juan de Valdés, secretario aquél del Emperador y autor éste de un *Diálogo de doctrina cristiana* publicado en Alcalá de Henares en 1529, por el que fue acusado de alumbradismo y luteranismo y hubo de escapar de España. La ceremonia tuvo lugar en los días 23 y 24 de febrero de 1530. El boato vaticano, tan poco cristiano a los ojos de un joven radicalizado en criterios de reforma y autenticidad, el espectáculo de todo un emperador que se humilla hasta besarle los pies a un papa tan poco respetable como el florenti-



Una de las láminas que representaban la aparatosa procesión de Clemente VII y Carlos V en Bolonia, de Hans Hogenberg, 1530

no Médici, Clemente VII, impactó para siempre a Servet. No puede haber verdad, se dijo, en tanta comedia e hipocresía. Casi veinte años después, al evocarlas redactando *Restitución del cristianismo*, se refirió a ello en estos términos:

«Con mis propios ojos he visto yo mismo cómo lo llevaban con pompa sobre sus hombros los príncipes, fulminando cruces con la mano, y cómo lo adoraba todo el pueblo de rodillas a lo largo de las calles. Llegaban al extremo de que quienes podían besarle los pies o las sandalias se consideraban más afortunados que los demás y proclamaban que habían obtenido numerosas indulgencias, gracias a las cuales les serían reducidos largos años de sufrimientos infernales. ¡Oh, bestia, la más vil de las bestias, la más desvergonzada de las ramera!»

Es muy probable que Servet acompañara también a Quintana a la llamada Dieta de Augsburgo, en el sur de Alemania, importante reunión que tuvo lugar aquel verano de 1530. Si así fue, pudo ser testigo de los esfuerzos que en nombre del Emperador realizaba Alfonso de Valdés en diálogo con Melanchton, representante de Lutero, por un entendimiento de los reformadores con la Iglesia y el Imperio. Valdés escribió que ambos humanistas habían llegado a una paz de principios, con tal de que Roma accediera al matrimonio de los clérigos y a la comunión bajo ambas especies, de pan y vino, como ahora se hace tras el Concilio Vaticano II. El proyecto fracasó por la presión

del cardenal que representaba al Papa, mas no es probable que Lutero hubiera accedido a tales concesiones. En todo caso, Servet se sintió despechado sin remedio, y creyó no hallar otra senda que el abandono del catolicismo romano. Desde ese momento su vida va a ser una lucha permanente consigo mismo y contra todo lo invencible.

BUSCANDO SU CAMINO

Lo primero que intentó fue ponerse en contacto con Erasmo. Con ese fin fue a Friburgo, donde solía pasar largas temporadas atendiendo a la edición de sus obras, pero Erasmo acababa de marcharse. Siguió a Basilea, a Estrasburgo, donde llegó a vivir casi dos años como huésped y discípulo de uno de los corifeos de la Reforma, Johan Hüssgen, que helenizó su apellido como Ecolampadio, con el que se le conoce. Pero a Servet no le contentaban quienes solamente proponían reformas tímidas, dentro del sistema estructural y jerárquico de una Iglesia aunque no fuera la de Roma. Hombre de temperamento irascible, seguro de sus propias convicciones e irreductiblemente radical, soñaba con una renovación total del cristianismo desde sus mismas raíces. No le era bastante la Reforma confesional de Lutero, ni siquiera los extremos a los que en Suiza se lanzaron los anabaptistas. Producto de sus resistencias fueron sus dos primeras obras, escritas en latín, con citas en griego y en hebreo, a sus meros veinte años: *Siete libros sobre*

errores acerca de la Trinidad y Dos libros de diálogos sobre la Trinidad. Fueron impresas en Haguenau, cerca de Estrasburgo, en 1530 y 1531. En la portada de ambas estampa con orgullo esta firma de autor: «Per Michaelem Serveto, alias Revés, ab Aragonia Hispanum»; o sea, «Por Miguel Serveto, apodado Revés, español de Aragón».

Sonado fue en toda Europa el escándalo suscitado por Miguel. Quintana, que no pudo excusarlo, fue apartado de la Corte y nombrado abad de Montearagón, pero murió en el camino, quizá del disgusto. De parte protestante, sus viejos amigos, Melanchton incluido, le llenaron de improperios; de la católica, en Toulouse se dictó contra él orden de búsqueda y captura, la Inquisición de Zaragoza envió a su hermano Juan a buscarlo y procurar atraerlo, y se prohibieron sus obras por un decreto especial. Miguel cambió su nombre a Michel de Villeneuve, esto es, Miguel de Villanueva (de Sijena); sólo recuperará su identidad semanas antes de morir, cuando ya no pudo camuflarla.

Necesitado de una titulación universitaria, para obtenerla se refugia en París, donde pasa tres años estudiando diversas materias, especialmente Medicina. Allí conoció a Jean Calvin, estudiante de Leyes, quien, como Miguel, más que por ellas se interesaba por la Teología. Se citaron para celebrar una discusión en público, pero a la hora de la verdad Miguel no acudió, temiendo lo peor. Años más tarde Calvino le llamará cobarde, pero él prefirió la huida a la

vanidad de su probable victoria. Halló ahora cabida más al sur, en Lión y cercanías, donde preparó su famosa edición de la *Geografía* de Tolomeo (1535), que mejoraba notablemente las anteriores. Conoció a un gran renacentista y médico francés, Sinforiano Champier (1471-1539), quien le introdujo al neoplatonismo y a otros conocimientos esotéricos. Servet le compensó publicando en 1536 en su defen-



sa una *Apología contra Fuchs*, célebre médico y teólogo suizo. Champier le instó a volver a París a proseguir los estudios médicos; su matrícula, esta vez, lleva la fecha del 25 de marzo de 1537. Su siguiente libro apareció, en ese mismo año, en esa ciudad: el famoso *Syruporum universa ratio*, o sea, un *Tratado universal de los jarabes*.

Fue discípulo de maestros como Sylvius, Montuus y Günther von Andernach, quien le menciona con encomio junto con Andrea Vesalio, el padre de la Anatomía moderna. Por una algarada estudiantil, precisamente a propósito de su *Defensa de la Astrología*, cuyo curso impartía, tuvo que huir de nuevo. Su refugio es ahora otra aldea cercana a Lión, Charlieu. Allí iba a pasar tres años de sosiego, hasta 1541, ejerciendo pacíficamente su profesión médica y repensando su postura personal ante la Iglesia.

Se matriculó en la Facultad de Medicina de Montpellier en septiembre de 1540, muy probablemente para doctorarse. Y se dedicó a repasar para una nueva edición el texto de la traducción latina de la Biblia hecha (1528) por el fraile dominico Pagnino, a quien había conocido en Lión. Su reedición apareció en 1542 en esa ciudad, donde Pagnino había vivido sus últimos años. Su versión, directa de las dos lenguas bíblicas originales, hebreo y griego, adopta un latín algo burdo, por querer ser fiel a ellas palabra por palabra; no aspiró a suplantar la *Vulgata*, y su interés actual es meramente histórico, pero fue la primera en divi-

dir cada capítulo en versículos, lo que facilitó los estudios y citas del texto. En conjunto, aquélla fue la más gozosa temporada de su vida. Tanto, que hasta se enamoró.

No se conoce el nombre de la francesita, y gran lástima es. Cuando, años más tarde, se le preguntó en el juicio de Ginebra por qué no llegó a casarse, reveló que sufría de una anomalía testicular: dijo que «estaba operado (*coupé*) de uno y herniado (*rompu*) de otro», frase un tanto críptica que ha interpretado Marañón como equivalente a la criptorquidia u ocultamiento natural de los testículos.



Portada de la edición seruetiana de la Biblia de Pagnino

Tal condición determinaría en él un factor de timidez. Servet mismo, interrogado aviesamente por los ginebrinos, que aspiraban a sonsacarle algo de su presunta vida de crápula, la negó, y confesó que la mentada operación había tenido lugar de niño, cuanto tenía unos cinco años. Su confesión culmina en la de que no se casó por creerse impotente a causa de su enfermedad, razón extraña en un médico de su categoría. Su celibato, que en un bello texto de *Restitución* manifiesta ser voluntario, no debe hacer olvidar la enorme importancia que atribuye en su sistema teológico a los pecados de la carne, y probablemente se debió a una profunda y auténtica decisión de talante místico. Pero de eso hablaremos luego.

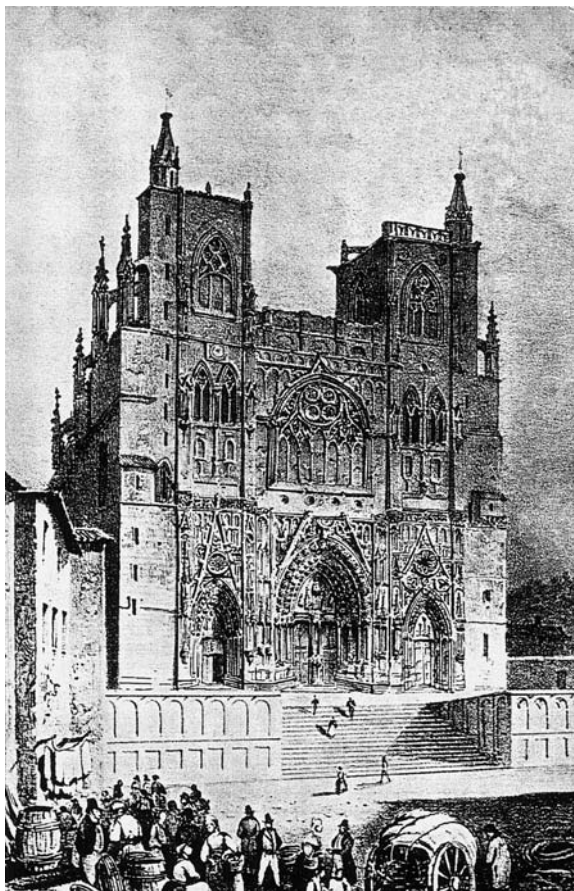
LOS DOCE AÑOS FINALES

Entre febrero de 1541 y abril de 1553 Servet vivió en la ciudad francesa de Vienne, Viena del Delfinado, que no hay que confundir con la Viena de Austria. Bañada por el Ródano y el Gère que en él confluye, situada en un valle rico en verdores y feraz en los manjares de su rica oferta culinaria por la que es fundadamente célebre, en ella se detuvo Servet en la relativamente larga etapa final de su camino. Durante doce años fue el médico oficial del arzobispo Pierre Palmier, a quien había conocido de estudiante en París. A excepción de las tres páginas que dedica a la descripción de su descubrimiento de la circulación de la

sangre, ya nunca volvió a escribir nada sobre medicina. Fueron años de total dedicación a la teología, pasión de su vida, y en los que gestó su genial obra *Restitución del cristianismo*.

No debe pasarse por alto la mayúscula paradoja de que dedicara ese tiempo, con una intensidad rayana en el delirio, a redactar ese tratado, uno de los más heréticos libros jamás escritos, a la vera del arzobispo, pues de hecho se alojaba en el mismo palacio. Pero no se le tache por ello de hipócrita. Las ilusiones de muchos reformadores de aquel tiempo eran tales que cada uno, a su modo, esperaba que finalmente se reconocería la autenticidad de su doctrina como la más fiel a la *veritas evangelica* que todos profesaban, aunque disentían en la vía para hallarla. No se preguntaban qué es la verdad, sino dónde está: si en la Biblia sólo examinada con personal óptica racional o también, y sobre todo, a la luz de la tradición y del magisterio. Era el suyo un bien intencionado pero utópico espejismo que ni siquiera el comienzo del Concilio de Trento en 1545 pudo curar, sino que, a medida que éste avanzaba y hacía públicos sus decretos, fue radicalizándose aún más.

No era un hipócrita Servet, sino un nicodemita: desde tiempos de Calvino —quien la fustigó en un panfleto célebre— se conoce por nicodemismo la actitud de los creyentes que en tiempo de persecución ocultan su afinidad religiosa, como según el Evangelio hizo Nicodemo, aquel



La catedral de San Mauricio, en Viena del Delfinado (Francia), según grabado del siglo XIX

fariseo que visitó a Jesús de noche por miedo a que le descubrieran sus colegas. La palabra había sido acuñada hacia 1530 por Otto Brunfels, médico, botánico y teólogo a quien Servet quizá conoció en sus andanzas por Suiza y alrededores.

Es natural que, cuando uno teme por su vida si revela sus creencias, disimule en todo lo que no contradiga las normas de su conciencia. La radicalidad de las doctrinas de Servet es tal, como veremos, que en el sistema dogmático de la Iglesia apenas deja resquicio por el que se le pueda acusar de inconsecuente. Su negación, desde la Trinidad hasta los mínimos mandatos de la Iglesia, le deja libre para poner o no en práctica lo que de éstos en cada momento le convenza. No sabemos nada, por ejemplo, de su asistencia a misa, de su práctica de oraciones vocales, de su frecuentación de los sacramentos. Hay que conjeturar que se adaptaría a la normalidad, como cualquier buen cristiano, aunque íntimamente convencido de la inutilidad de todos esos ritos. Pero tampoco hay duda de que este tipo de vida exigía de él constante autodomínio para no traicionarse en su conversación, siempre sometido a la presión de una indecible cautela; el otro parámetro de su vida, el más válido y para nosotros aleccionador, era el ético: una conducta personal absolutamente irreprochable, auténtico criterio de su dignidad como hombre y como intelectual. Los doce años vienenses de Servet fueron sus días más felices, a la sombra del seudónimo, la profesión médica y el palacio

episcopal; pero no puede menos de pensarse en la desgarradora tortura interior de aquella alma sincera forzada al nicodemismo, ni en la irritante paradoja, rayana en cinismo, de preparar su *magnum opus* anticatólico bajo el techo de quien se titulaba Primado de todas las Galias, donde habitó desde 1548.

Servet se naturaliza francés el 19 de junio de 1549. Su prestigio profesional ha ido en aumento, de modo que es elegido prior de la cofradía vienense de médicos de San Lucas por dos años. Atiende a las varias reediciones de su *Syruporum*, seis en total en vida, en Lión y Venecia. En 1546 tiene terminada la mitad del grueso volumen que llegará a ser *Restitución*, uno de cuyos manuscritos —el único que se ha salvado— se conserva en París. No puede decidirse si es el mismo que se atrevió a enviarle a Calvino a Ginebra, para servir como base de una posible discusión y a la serie de treinta cartas que se fue escribiendo con él en rápida secuencia. Calvino, parco en paciencias, pierde pronto la suya, mientras aumenta el tono agrio de la correspondencia mutua, y para que lo estudie y aprenda le manda un ejemplar de su gran obra, perfecta sistematización de sus doctrinas, titulada *Institutiones christianae*. Servet se la devolvió luego repleta de notas marginales y violentas críticas.

De ese mismo año 1546 son tres cartas de Miguel a Abel Poupin, ayudante de Calvino en Ginebra. En la tercera,

homo in fœmelle
ante locula, fime unigenitus et in principio Verbum, postea verus et homo
ex Maria virgine, incorporatis in corpore, impossibilis in corpore possibile,
immortalis in corpore mortali. Apertum certe dicitur fœlio inter duas e hristi
naturas exprim non potuit, quas sic confesse misist Seruetus, ut carnen
faceret, Deum, et Verbu' negat. ^{de quibus} hystoriam habuisse à Patre dis t'm form
et in epistola sua supra pag. 101.

in Christe
formâ huiusmodi est
nec abstrahi nec mutari
proprium bene pag. 101
et in epistola sua supra pag. 101.

Drenis cavillationum refutatio quibus Seruetus
errores sibi à nobis obiectas dilueri tentavit:

Timuit forte de Iudice reſervant quam facinus esset ac poterimus
conviçtor nisi Caluim' vicio vocaret homicidam, et multa subinde
probre in eum enomerat. Nos autem de rebus istis simpliciter agemus.
Serueti magis se regere n' audet. Quis ehi ipius fidem
adhibeat se se bene verba credidit. In causa tam iusta sum constans,
et mortem nihil formido.

et mortem nihil formido.

Fragmento del proceso contra Seruet, con los ataques de los pastores de Ginebra
y las respuestas al margen del propio acusado, redactadas en septiembre de 1553.
Ampliado, un detalle del texto: «y nada temo a la muerte»

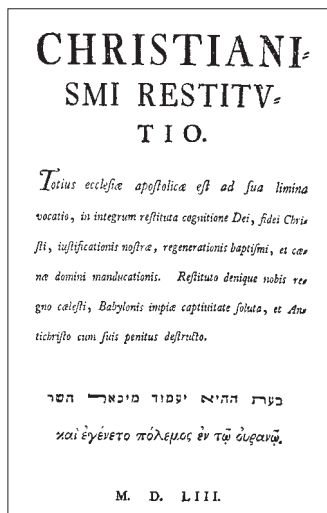
presintiendo que la mano férrea de éste no cejaría, si le era
dado, hasta acabar con su vida, estampa aquellas inmorta-
les palabras «Muy bien sé yo que he de morir en este
empeño, pero no por ello flaquea mi ánimo», semejantes
a las de su proceso, que hay que citar primero en su bello
latín original: *In causa tam justa sum constans, et mortem
nihil formido*, «En tan justa causa estoy firme y nada temo
a la muerte».

En efecto, recibido por Calvino el mencionado manus-
crito, el 13 de febrero envió a Guillermo Farel, pastor calvi-
nista de la vecina Lausana, una carta en la que califica de

monstruosas las ideas de Servet y acaba por condenarlo a muerte con estas fatídicas palabras:

«Servet me ha escrito recientemente y me ha enviado el grueso volumen de sus delirios... Se ofrece a venir aquí, si me resulta grato. Pero no quiero prometerle seguridad, pues, si es que viene, no permitiré que se vaya con vida, a no ser que mi autoridad no valga de nada».

Restitución se editó en secreto en una imprenta montada al efecto a instancias de Servet en una casa de campo



Portada de *Christianismi restituito*, 1553

por los impresores Arnoullet y Guérout, que eran entre sí con cuñados. Sus ayudantes fueron tres rústicos muchachos casi analfabetos. A tales cautelas se sumó la de que casi cada día se acercaba Servet como en paseo a revisar las páginas tiradas, destruir el manuscrito y entregar el de las nuevas. Se empezó la impresión el 25 de septiembre de 1552 y se acabó el 3 de enero del año siguiente. Parece que se tiró un millar de ejemplares. Sin ser encuadernadas, sus 734 páginas de pequeño formato

en octavo se distribuyeron tal cual a los librereros de Li3n y Ginebra, pero la mayor cantidad se envi3 a Frankfurt para su venta en la famosa feria de libros que subsiste hasta hoy. Con su conocida arrogancia, Servet mand3 a Calvino; como veremos, serviría como prueba en el juicio. De la total destrucci3n que se decret3 s3lo se han salvado tres ejemplares: 3se de Calvino, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Par3s, uno en la de la Universidad de Edimburgo, y otro en la Imperial de Viena.

A los pocos d3as, el 26 de febrero, Calvino logr3 que un tal Guillermo de Trie, que se hab3a pasado al calvinismo y refugiado en Ginebra, escribiera a Viena del Delfinado a su primo Arneys, quien intentaba reconquistarlo para el catolicismo, acus3ndole de que los cat3licos toleraban entre ellos al mayor de los herejes, a Miguel Servet, camuflado como Doctor de Villeneuve. La carta delatora, acompa3ada del primer cuadernillo de las p3ginas enviadas a Calvino, corre entre varias manos hasta llegar a las del dominico Mateo de Ory, inquisidor cat3lico de Francia, quien a su vez la env3a al cardenal Tournon. No pueden dar cr3dito a esa noticia los amigos de Servet en Viena, con quienes ha convivido tantos a3os. Ory decide llamarle a un interrogatorio el 16 de marzo, pero Miguel se demora, tiempo que aprovecha para quemar o esconder cuanto papel y acaso libro comprometedor hubiera en su estudio. Una visita inquisitorial a su casa nada descubre. Advertido de la aparente fragilidad de las pruebas por los cl3rigos vienenes-

ses, el 30 de marzo Calvino las envía reforzadas. Guéroult huye a Ginebra, y el 4 de abril se celebra una importante reunión en el castillo de Rousillon, residencia del cardenal, a la que asisten también los de Viena. En consecuencia, y como era de rigor, son encarcelados Arnoullet y Servet.

El proceso que le instruye el inquisidor los días 5 y 6, publicado en Viena por el canónigo Cavard, no ha visto aún la luz en lengua española. En su deposición del 5 mezcla Servet medias, enteras y nulas verdades, tratando de confundir a sus interlocutores y de mantener la personalidad suplantada que en Francia había adoptado. Se llama Michel de Villeneuve, es natural de Tudela (con lo que logró camelar también a Menéndez Pelayo, a Marañón y a algunos tudelanos bienintencionados), omite todo su periplo italiano, alemán y suizo, admite ser autor de los libros de tema médico que se le presentaron, pero no de *Restitución*, ni siquiera de la reedición del Pagnino, y titubea al mostrársele páginas del de Calvino con las notas que él mismo había escrito. Aún zozobra más el 6, al tener que reconocer algunas de las cartas que siete años antes se había cruzado con él.

En la madrugada del 7, Servet había desaparecido de la no bien guardada cárcel. Tocado con el gorro de dormir, ha pedido la llave de los retretes, fuera en el patio, pero bajo la bata lleva el vestido de calle. Dos o tres pequeños saltos escalonados por los tejados circundantes le ponen

en el patio trasero de una casa vecina, camina cauteloso por las calles a media luz, aguarda que se abran las puertas del puente sobre el río Gère. Con razón se ha sospechado que Palmier tuvo algo que ver con esa inexplicable liberación. Humanista, opulento, hombre de mundo, había tomado posesión de la sede, de la que solía estar ausente, en 1528, aún muy joven, y cuando en 1554 murió, poco después que Servet, no se arrepintió de haber albergado al gran hereje, sino de haber permitido que durante su mandato arzobispal se hiciera protestante Ginebra, sede de un obispo sufragáneo suyo. En el proceso de Ginebra llegará a confesar Servet mismo que su prisión estaba organizada «como si quisieran que me escapase».



*Vista nocturna de la catedral de Saint Pierre,
en Ginebra (Foto: P. Jaeger)*

Nadie sabe qué hizo ni dónde estuvo entre ese día y el domingo 13 de agosto, en que apareció en Ginebra. Mucho se ha fantaseado sobre este aspecto, como sobre tantos otros puntos oscuros de su vida; hubo incluso quien le imaginó secretamente enamorado de la joven abadesa cisterciense de Belleville, para la cual se inventó el novelesco nombre de Isabel de Sallenove, quien le ampararía hasta que el inquieto Miguel se escapó para enfrentarse con Calvino, su obsesión desde los años estudiantiles. Un 13 tenía que ser. Se atrevió a ir por la tarde a la iglesia de La Madeleine, donde Calvino aquel día predicaba, aunque solía hacerlo en Saint Pierre. Reconocido por unos “hermanos” de Lión (*frères*, correligionarios calvinistas, no frailes —¿frailes en aquella Ginebra?— como algunos escriben), fue encarcelado, sometido a un juicio inicuo y quemado vivo a mediodía de un lluvioso día otoñal, el 27 de octubre de 1553.

Mientras tanto, el frustrado Ory prosiguió inquiriendo, pues que inquisidor era. Averiguó la imprenta secreta, encarceló a los tres muchachos (quienes se excusaron alegando su ignorancia del latín y le contaron los pormenores de la tarea y el destino de los fardos de libros) y Servet fue condenado, el 17 de junio, a una gruesa multa y a ser quemado en efigie, a causa de su ausencia, en la Place Charnève junto con todos sus libros, entre ellos los 500 ejemplares de *Restitutio* que se habían mandado a Lión y rescatado de allí. La sentencia fue ejecutada ese mismo día.

Habremos de dar ahora vuelta atrás para llenar de contenido, en tres etapas consecutivas, estos someros datos biográficos. Si bien rebozados ya de algún que otro comentario ideológico, deben ser revisados desde la triple perspectiva que les va a dar sentido. Nos embarcamos así en el triple nivel vital que ha dado a Servet fama inmortal: su ciencia, su teología y su muerte.

Il y a bien trois semaines, que je desiré et demande auoyr audience, et nay jamais pour l'auoyr. Je vous supplie pour l'amour de Iesu Christ, ne me refusez ce que vous ne refusez pas a un turc, en vous demandant iustice. J'ay a vous dire choses d'importance, et bien necessaires.

Quant a ce que vous comande, qu'on me fit quelque chose pour me tenir net, nen a rien esté fait, et suis plus pieux que jamais. Et davantage la fièvre me tourmente grandement a cause de ma colique et vomisse, la quelle m'engendre dantes paucetes, que ay honne vous escriva. C'est quand venant, que je n'ay cogit de parler seulement pour remedier a mes necessites, pour l'amour de Dieu mesaignans vous y escrire, ou pour pitié, ou pour le deuyr. Fait en vous prison de Geneve le dixieme doctobre. i. r. r.

Michel Servetus

Última petición de Servet, en francés, al Concejo de Ginebra, del 10 de octubre de 1553

SERVET, SABIO



Hablado con propiedad, Servet no fue un científico, sino un sabio. No condujo, que se sepa, ningún experimento con la metodología inductiva característica que unos sesenta años después estructuró Galileo, a quien con razón llamó Einstein, por eso, padre de la ciencia moderna. Ni siquiera sabemos si el descubrimiento científico por el cual es justamente célebre, el de la circulación de la sangre, se le debe en exclusiva o era de común noticia entre los alumnos de la cátedra parisiense de Andernach. Servet dio de él la primera descripción conocida en Occidente, y ello basta para cimentar su fama en este contexto. Sus demás aportaciones científicas no hubieran satisfecho el mínimo de criterios requeridos para ello. Cunden en Europa, y en la propia España, libros sobre los mismos o similares temas médicos de Servet sin que sus autores hayan rozado la orla de su pedestal. Es menester reverenciar la sabiduría sobre la mera ciencia; no en vano el Ortega y Gasset de *La rebelión de las masas*, por no alejarnos hasta Platón con su contraposición *sofía-episteme*, vapulea al científico que se cree sabio (“el sabio-ignorante especialista”, le llama él) por el mero hecho de serlo, y a veces ni eso, en la breve parcela de su especialidad. El sabio, con o sin el dominio de una ciencia concreta, se denota por el cautivador aire de totalidad que sabe

inspirar a sus reflexiones, por la amplitud de sus intereses intelectuales, por su capacidad de servir de modelo y guía para nuestros propios empeños.

Viene esto a cuento de la posible pregunta por la función que los varios saberes de Servet desempeñaban en su vida. La Medicina, la Jurisprudencia y la Teología son quizá las tres disciplinas que proporcionan a sus estudiosos —cada una a su modo— esa perspectiva de totalidad, esa visión de la vida humana en su conjunto, a la que se acaba de aludir. Las tres dedicadas a desmenuzar sus miserias —la enfermedad, el delito, el pecado— y a superarlas de inmediato hasta obtener sus remedios —la salud, el orden, la gracia—. No es, pues, de extrañar que haya tantos teólogos juristas, especialmente en los siglos XV al XVII, ni tantos médicos inclinados a la visión teológica de la vida. En la España de hoy es el aragonés Pedro Laín Entralgo, gloriosamente nonagenario, caso cimero de lo segundo, a pesar de no haber practicado la profesión médica. En esa sabiduría, Servet se le adelantó cuatro siglos. Supo articular su dedicación a varios saberes sin perder su interpretación total de la existencia. Al contrario, la fue incrementando al progresar en su práctica profesional, que le servía de *modus vivendi* pero también de esa palestra complementaria necesaria para dar cuerpo a sus intuiciones religiosas. Como vamos a ver, tal es el sentido profundo de que incluyese en *Restitutio* la descripción de la circulación en el contexto de un tratado sobre los efectos del Espíritu divino.

LA GEOGRAFÍA DE TOLOMEO

Es de destacar que lo que en su edición Servet añade a la *Geografía* de Tolomeo (o Ptolomeo) encaja en las apreciaciones que se acaban de mencionar. Un discípulo de Crisoloras, el filólogo griego que escapó de la toma de Constantinopla por los turcos y se refugió en la Florencia de los Médici, la tradujo al latín. Fue, en su versión o en otras, uno de los muchos *best-sellers* del Renacimiento. En poco más de cincuenta años, casi veinte ediciones, no todas felices. Había que conjuntar buen conocimiento de la lengua griega y de las matemáticas, doble condición que al fin cumplió el político y geógrafo alemán Bilibald Pirckheimer en 1525, aunque no otra que es esencial en el buen humanista: no cotejó al detalle su versión con otras anteriores, por lo que todavía precisaba mayor perfeccionamiento. Era el destino de Servet, buen helenista, humanista y matemático. A sus veinticuatro años.

La obra se publicó en Lión en 1535. La tarea fue ardua. Servet compara el texto frase a frase con el original y otras versiones previas, teniendo a la vista el texto griego que el ya viejo Erasmo acababa de editar en Basilea en 1533; corrige numerosos errores de Pirckheimer, añade un utilísimo índice de equivalencia de topónimos para que el lector sepa cuál es el nombre equivalente al latino en cada lengua, reproduce e incrementa hasta 48, a doble página, los bellísimos mapas a color de la edición alemana, así como



Portadas de la primera y segunda edición sevretiana de la Geografía de Tolomeo, 1535 y 1541, respectivamente

comentarios — no todos originales suyos— en los que expresa con brevedad sus impresiones sobre las características de los países y de sus habitantes. Tamaño gran folio, a dos columnas, son un total de 152 páginas más 136 folios sin numerar.

Llegado a Viena en 1541, ese mismo año se imprimió otra edición que retiene el mismo número de mapas, añade algún comentario (por ejemplo, sobre Escocia) y omite

algún que otro párrafo potencialmente ofensivo. La dedica a su protector, Palmier.

Los comentarios de Servet son interesantísimos. Denotan un poderoso talante de observador de los países visitados y una envidiable capacidad de síntesis de lecturas sobre los que no le eran familiares. Da muestras de conocer bien a franceses, alemanes e italianos. De hecho, consignada la división de aquella Italia en principados, ducados y señoríos, no escatima críticas, como que «los venecianos son de cierta ridícula magnificencia, oficiosos en las palabras, de suerte que apenas dicen verdad; fingen perdonar las injurias, pero si alguna vez tienen ocasión, nadie se venga con más crueldad, profieren con frecuencia horribles juramentos y blasfemias».

Hablando de Sardinia o Cerdeña, explica el origen del término *sardónico*, y sugiere que *sardonikós* en griego moderno significa precisamente risa convulsiva. «No nace allí veneno, sino una hierba, celebrada por muchos escritores y poetas, semejante al apiastro, que contrae la risa a los hombres y casi mata a los que ríen». Se trata del ranúnculo llamado sardonía. Una de las correcciones más conmovedoras que introdujo en su texto es la que se refiere a América. Describe cómo fue su descubrimiento, partiendo de un puerto español que se llama Palos; que Colón —cuyo origen italiano no menciona— no sólo encontró oro, sino plata; que las Afortunadas se llaman ahora islas

Canarias, y que hay una injusticia y un inmenso error en apellidar a aquellas tierras América, ya que Américo Vespucci llegó a ellas mucho después que Colón.

La asombrosa belleza y la perfección editorial de esta magistral obra de Servet, junto con el hecho de estar desprovista de contenido doctrinal polémico que la hubiera hecho inaceptable a muchos, como las que tocan temas teológicos, lograron que de la misma se hayan conservado nada menos que 39 ejemplares, de ellos, dos en Madrid y dieciséis en diversas bibliotecas de Estados Unidos.

EL ESTUDIO RECIENTE DE LAS REGIONES DE EUROPA DE MIGUEL SERVET

No parece que exista una traducción y edición modernas de esta aportación de Servet sino la agotada del Dr. José Goyanes (Madrid, 1935). Es urgente hacerla. Mientras alguien apecha con ella, conténtese el lector con que transcribamos las más significativas frases sobre los españoles, en contraste con los franceses. Y eche cada cual su cuarto a espaldas cavilando si han cambiado desde entonces:

«Francia aventaja a España en abundancia de vino, trigo y carnes, pero ésta la vence en la bondad y sabor de ellos. Francia es fecunda en lluvias; los españoles usan mucho de aguas acanaladas, trayendo de muy lejos acequias de los grandes ríos.»

«Los franceses están dotados de miembros corporales mayores; los de los españoles son más duros, y tienen delgadísimo el cuerpo en la cintura. Los franceses luchan con mayor ferocidad que arte y llevan a la guerra más fiereza que consejo. Los españoles, al contrario.»

«Los franceses son más parlanchines, los españoles más taciturnos, pues aprendieron a disimular mejor. Los franceses son alegres, anima-

dos, inclinados a banquetes, y huyen de la hipocresía y la gravedad, que guardan los reconcentrados españoles. Son, pues, los españoles en los banquetes menos sociales, más ceremoniosos, afectando no sé qué severidad, de la que los galos no cuidan.»

«Los franceses beben puro, los españoles diluido en mucha agua.»

«Los galos reciben a los forasteros humanísimamente en las posadas, ningún oficio se les niega, se les ofrece todo preparado para comer. Los españoles los reciben más dura e incivilmente. Los españoles no son tan avezados a viajar y no quieren gastarse la pecunia tan pródigamente, ni son inclinados a prestar servicios, de tal manera que ni a un príncipe se digna ofrecérselos un rústico si no le da la gana.»

«El habla hispánica es más grave, la gálica más suave.»

«En el suelo de Francia casi ninguna parte está inculta; en el español hay muchos lugares incultos y desiertos.»

«En España mantienen gran autoridad los Inquisidores de la Fe contra los marranos, heréticos y moros, siendo severísimos en los castigos.»

«Es muy inquieto y soñador de grandes empresas el ánimo de los españoles, que son de ingenio feliz, pero aprenden infelizmente. Semidoctos, se consideran doctos; muestran sabiduría mayor de la que tienen, por la simulación y por cierta palabrería. Aman el sofisma más de lo conveniente. Gustan de hablar en las academias más en español que en latín, y toman muchos vocablos de los moros.»

«Fácilmente cultivan la barbarie en muchas de sus costumbres y maneras. Con razón consideran los franceses bárbara la costumbre de las mujeres españolas de perforarse los lóbulos de las orejas con un aro de oro o plata, al que prenden, las más de las veces, alguna piedra preciosa. De vida frugal, como los italianos, no consumen tanta comida ni bebida como los franceses y alemanes, a menos que sean invitados, pues entonces se llenan en los banquetes hasta la hartura, porque para ellos son raros los convites y los toman con mayor avidez.»

LA APOLOGÍA CONTRA FUCHS

Fue escrita por Servet en defensa de su maestro Champier. Todo nació de una disputa erudita a cuatro bandas. En 1530 Fuchs, en su folleto *Errores de médicos recientes*, fustiga a Champier por atribuirle excesiva confianza en la medicina árabe de Avicena frente a la galénica. El mismo año y en otra polémica similar, el holandés Fries le ataca de nuevo, pero defiende y enaltece en exceso a Avicena. Vuelve Fuchs a la carga el año 32, ahora contra Fries, reclamando que de una vez se olviden los árabes; a su vez, Champier, en 1533, intenta poner las cosas en su justo medio: ataca a Fries y escribe a Fuchs una carta que le envía por medio de su amigo Montuus. Éste, el mismo año, arremete contra Fuchs indicándole que al menos en veintitrés de los presuntos errores que detecta en sus colegas contemporáneos no tiene razón. La respuesta del creador de la fucsia —que suele embellecer mi propio despacho— no se hace esperar: su folleto *Paradoxa Medicinæ* se dirige personalmente contra Champier en cuanto relativo defensor de los arabistas y por haberle alabado y recomendado los trabajos de Montuus.

Total, una tormenta en un vaso de agua; cargada, eso sí, de rivalidades y no escasas ambiciones. Es ahora cuando Servet entra como el quinto en liza. Buena prueba de su sabiduría consiste en que, como hará siempre que pueda, se enzarza en una discusión teológica en un pequeño

folleto —ocho paginitas— sobre medicina, el primero que acerca de ella escribe. Motivo: Fuchs es luterano, por lo cual Champier recurre a delatar los escritos de Fuchs por lo que pudieran tener de heterodoxos. El inquisidor francés Jean Morin hizo quemar públicamente *Paradoxa* en 1536, y Champier, sabedor de la pasión teológica de Miguel, le indica que se encargue de responderle.

Servet dedica su breve escrito a Charles d'Estaing, proto-notario de la Iglesia en Lión y probable mecenas suyo, pues le da este título en la breve introducción, que lleva fecha del 12 de noviembre de 1536. Lo divide en tres partes: trata en la primera de la relación entre fe y obras para la salvación; en la segunda, de la planta llamada escamonea, droga de uso terapéutico caída en desuso, «acerca de la cual tan errado anda Fuchs, porque varía según las diferentes regiones, y por tanto su actividad y por ello las dosis»; en la tercera señala que es muy distinto el llamado morbo gálico (otros lo bautizaron morbo hispánico o itálico, para endilgarlo a españoles o italianos), o sea, la sífilis, del liquen de los griegos. Según Champier, la sífilis era una enfermedad nueva, que presentaba un cuadro clínico distinto, y buena muestra, además, de la cólera divina por la corrupción de las costumbres.

El escrito termina en su tercera parte terciando en una disputa entre dos estudiantes a propósito del uso de los jarabes, tema de moda por entonces. Servet sucintamente

mantiene los mismos puntos de vista que en su obra sobre éstos, de modo que bien puede decirse que la inspiración de escribirla le brotara con motivo de esta sección de su *Apología contra Fuchs*.

De este opúsculo servetiano sólo se han conservado dos ejemplares, uno en París y otro en Londres. Fue, pues, un acierto que el Instituto de Estudios Sijenenses «Miguel Servet» decidiera ponerla al alcance de los estudiosos publicando en 1981 la primera versión al español que de él se ha hecho.

TRATADO UNIVERSAL DE LOS JARABES

El *Tratado universal de los jarabes* es, sin duda, el librito médico de Servet que alcanzó mayor número de ediciones, incluso en vida de su autor. Es también la obra de la que se conserva mayor número de ejemplares, un total de 70, si se cuentan no sólo los de la primera edición (París, 1537), sino los de las posteriores: Venecia (1545 y 1548) y las tres sucesivas de Lión (1546, 1547 y 1548). No se ha documentado, pero se afianza la impresión de que sirvió de texto escolar y, por supuesto, de manual terapéutico.

Es discutible, y mientras no se demuestre queda en conjetura, que Servet participó en la redacción de otros manuales del mismo tipo, como la célebre *Farmacopea* de Champier. A relativa probabilidad hay que ascender, por el

contrario, la hipótesis del investigador Javier González Echeverría, según la cual el ejemplar, hasta ahora único, hallado casualmente por él en un desván de la ex-colegiata de Sesma (Navarra), lo sería de las pruebas para una edición que en 1545 habría preparado Servet, con notas manuscritas al margen, de la traducción latina que el profesor de París Jean Ruel había hecho del *Dioscórides*, la más famosa obra galénica de terapéutica vegetal y texto escolar a lo largo del Renacimiento. Las sospechas de atribución se basan en el uso de algunas palabras españolas que traducen las latinas (técnica usada por Servet en su edición de la *Geografía*) y, sobre todo, en la mención de Montpellier como lugar de estudios de su autor y de dos maestros suyos, así como de Viena. Estos indicios no demuestran rotundamente la soñada atribución, aunque inclinan a admitirla.

Ninguna certeza tiene atribuir a Servet otras ediciones de la Biblia, una presunta gramática española o una traducción de la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino, autor a quien quizá ni conocía, pues ciertamente no lo menciona jamás.

Esta obra también breve, de sólo 64 páginas en octavo, tiene un título engañoso e incluso presuntuoso. No es un “tratado universal”, sino una exposición de la opuesta doctrina de la escuela galénica y de la arábica sobre los méritos del uso medicinal de los jarabes. Orientará al lector

ver traducido el título completo: *Tratado universal de los jarabes expuesto diligentemente según la opinión de Galeano, en el cual, tras la disertación sobre la digestión, se prescribe el verdadero método de purgar mediante la exposición del aforismo “medicar lo cocido”*. Autor, Miguel Vilanovano.

Como escribe Madeleine Stanton en su censo bibliográfico de Servet —que publicamos como apéndice al libro de Bainton, su mejor biógrafo hasta la fecha—, Servet «hace gala de considerable conocimiento de los escritos de Galeano y discute al pormenor la teoría galénica del valor de los jarabes en la digestión (a saber, que son inútiles), opuesta a la de Avicena y los árabes, quienes tenían gran fe en su valor curativo. Gasta la mayor parte del libro exponiendo estas dos teorías contrapuestas y sólo en los capítulos quinto y sexto trata de la composición y uso de los jarabes, sacando la conclusión de que les cabe lugar en el tratamiento de las enfermedades, pero con tal de que se administren con parquedad». Es, probablemente, el mejor resumen que de esta obrita se ha dado.

En las primeras páginas confiesa que le mueve a escribir ante todo el amor a la verdad, *veritatis amor*, para ayudar a la Medicina, cuya práctica llama *ars divina*, aprovechando la ocasión para, de paso, indicar que él mismo no es el acérrimo seguidor de la terapéutica árabe que sugirió Champier en su antes mencionado escrito contra Fuchs; por el contrario, con él la rechaza en conjunto. Pero res-

SYR VPORVM

VNIVERSA RATIO,

AD GALENI CENSVRAM

DILIGENTER EX

POLITA:

*Cui, post integram de concoctione disceptationem,
praescripta est uera purgandi methodus, cum
expositione aphorismi: Concocta medicari.
MICHAELIS Villanouano auctore.*



VENETIIS.

EX OFFICINA ERASMIANA APUD VINCENTIUM VALGRIFUM.

M. D. XLV.

Portada de la edición del Tratado Universal de los Jarabes, Venecia, 1545

criterio diagnóstico, etc. Seruet era, ante todo, un profundo conocedor de las obras de Galeno, a quien cita con escrupulosa fidelidad, aunque, como buen hombre del Renacimiento y gracias a su potente sentido crítico, contribuye a corregir muchas de sus observaciones. Se atiende, pues, al

pecto a los jarabes, para ellos tan esenciales, expresa que *nec esse improbandos, nec barbaro more admittendos*: «no hay que desecharlos, ni usarlos bárbaramente».

La obra consta de seis partes. En las tres primeras se describen los procesos de lo que llama *concoctio seu maturatio*, cocción o maduración de los alimentos, términos equivalentes a digestión, cuyos mecanismos describe echando mano de la teoría galénica de los humores, y trata luego de los excrementos, el aliento, la desacertada observación de la orina como

principio fundamental de esta escuela, que consiste en creer en la fuerza curativa de la naturaleza misma, *vis medicatrix naturae*, y dejarla actuar, acaso con leve ayuda de los fármacos. Los tratadistas árabes creían que los jarabes eran totalmente necesarios para la digestión, desprovista de función natural; Servet les atribuye otros fines, como alterar o facilitar la digestión, mover el vientre y la orina, vigorizar o debilitar el organismo.

La cuarta parte se exploya sobre un aforismo de Hipócrates. Sólo en la quinta y sexta estudia la composición y el vario uso de los jarabes, de los que llega a mencionar una cincuentena. La sexta, tres escuetas páginas, aconseja acerca de las purgas y sus malas consecuencias si son excesivas, ya que «la evacuación intestinal no debe hacerse muchas veces, pues las fuerzas del enfermo se debilitan». Recomienda también, adelantándose al moderno uso de las vitaminas, tomar mucho jugo de frutas: «En los jugos exprimidos está íntegra la fuerza [*virtus*], más que en el cocimiento de hierbas».

El tratadito quizá no pase de ser algo así como un ensayo apropiado para un estudiante avanzado, y denota titubeos en sus críticas o alabanzas a Galeno y Avicena. Está escrito en no fácil latín técnico, y empedrado, además, con un asombroso número y estratégica disposición de citas textuales en perfecto griego, tomadas de Aristóteles, Avicena, Galeno, Hipócrates, Platón y otros sabios antiguos.

DISCURSO EN DEFENSA DE LA ASTROLOGÍA

Cuando Servet se instala por segunda vez en París, hacia finales de 1536, debe buscar medios de subsistencia. Se matricula en la Facultad de Medicina de esa ciudad el 25 de marzo del 37. Los recursos obtenidos de sus libros anteriores o de algún que otro benefactor estarían agotados o le causarían desconfianza. Logró ingresar en el llamado Colegio de los Lombardos, quién sabe si con beca a condición de prestar ciertos servicios; por otra parte, venía precedido de alguna fama como editor del Tolomeo y autor de sus propios opúsculos científicos. Aunque no era aún graduado universitario, una de esas condiciones pudo ser la de impartir un curso de matemáticas, concepto que abarcaba entonces disciplinas hoy separadas pero que exigían una base de conocimientos comunes: la astrología, la astronomía, la geografía.

La profundidad de los de Miguel se confirma por el hecho de que era creciente el número de sus alumnos y porque, entre otras cosas, predijo con exactitud un eclipse de Marte por la Luna, el cual, en efecto, tuvo lugar, visible desde París, el 13 de febrero de 1538, exactamente a las 13 horas, 9 minutos y 21 segundos, como había predicho. Pero daba también clases privadas, y tanto en ellas como en las públicas se explayaba sobre el influjo de los astros en la conducta humana, tema siempre peligroso; tanto, que para este tipo de predicción, llamado astrología

judiciaria (por la presunta influencia en el juicio humano) había castigo de pena capital. Denunciado, le incoó proceso el cirujano y decano Dr. Jean Tagault, cuyo original se conserva en París. Debió de molestar no sólo su insolencia personal, sino que, envalentonado por su éxito del eclipse, continuara prediciendo.

El claustro apoya la orden de Tagault de suprimir el curso. Miguel responde con el texto de este *Discurso*, que probablemente pronunció en público antes de darlo a la imprenta. El decano le mandó no publicarlo, y ante las insolencias del joven optó por denunciarlo al fiscal general del rey, quien le obligó a presentarse el día siguiente. Su conducta fue desastrosa. Se enconaron los ánimos. Tagault recabó y obtuvo el apoyo de las otras facultades, el vilanovano envió mediadores, se avino aquél pero exigiendo retractación, y se negó Miguel con desagradable jactancia. El 18 de marzo hubo consejo general, con abogados por ambas partes, en presencia de teólogos, juristas, el decano y el rector. La sentencia ordenaba no sólo suprimir ese curso del “astrólogo-advino” y la enseñanza de la astrología “judiciaria o adivinatoria”, sino que le prohibía atacar a los médicos parisinos de palabra o escrito bajo pena de multa o cárcel. Pidieron también que el Parlamento (equivalente entonces a un Tribunal Supremo) vetase la impresión del *Discurso*. Servet respondió con la acción: sobornó con generosidad al impresor y pronto estuvieron listos los ejemplares, algunos de los cuales repartió gratuitamente.

En el juicio ante el Supremo pidió el fiscal, en nombre de la Universidad, la pena de muerte en hoguera para Servet por haberse atrevido a arrogarse, a base de una presunta ciencia, una presciencia de la conducta humana similar a la divina. Constituía un agravante haber publicado el escrito en contra de la orden de la Universidad, con insultos a sus propios maestros. El defensor, un tal Marillac, acertó a suavizar los ataques con atenuantes a favor del reo. La sentencia final, aunque reitera la prohibición total de este tipo de disciplina —a la verdad, tan poco científica—, fue benigna para Servet. Ello no obstante, su permanencia en París era insostenible. Prefirió encontrar en la aldea de Charlieu el escondite oportuno. La supresión del *Discurso* fue tan radical que sólo dos ejemplares de la edición original han llegado hasta nosotros, ambos custodiados en la Biblioteca Nacional de París. Uno de ellos se pudo utilizar para la aún reciente traducción al español, junto con la de la *Apología contra Fuchs*.

La arrogancia de Servet queda manifiesta al expresar que dirige su *Discurso* “contra cierto médico” (Tagault, sin nombrarlo). Se complace luego en enumerar autoridades clásicas que defendieron las artes astrológicas, desde Platón, Aristóteles e Hipócrates hasta Galeno e incluso la Biblia, donde se dice que Dios creó los astros con cierta capacidad de significación para los hombres, de modo que por su lenguaje podemos conocer las variaciones climatológicas y su repercusión en la salud. A continuación despe-

ja los argumentos de Tagault contra la astrología. Al primero, que no es ciencia por no tener consistencia ni normas permanentes, responde que existen esas normas, pero que lo flexible es el juicio con que las aplica el astrólogo, como sucede con los médicos o los jueces. El segundo supone que el astrólogo necesita usar el astrolabio para formular su horóscopo, lo cual produce engaños, ya que no se pueden tomar a la vez todas las perspectivas del firmamento, cuyas estrellas están en perpetuo movimiento. Servet niega la necesidad del astrolabio y ridiculiza las suposiciones de su adversario. Comentando este *Discurso* atina el Dr. Barón, uno de los mejor enterados biógrafos de Servet, al decir que «contiene una serie de afirmaciones que parecen desatinos al lector de la época actual», y, por otra parte, que «en lo que concierne a la personalidad de Servet evidencia el estilo típico servetiano, en el que se imbrican el talento, la erudición, la soberbia, la vanidad, el menosprecio y la inflexibilidad».

LA CIRCULACIÓN DE LA SANGRE

Son muchos los estudios que sobre este descubrimiento han escrito espléndidas plumas de médicos españoles, que con toda justicia han reivindicado para el vilanovano y para España esa primacía. Lo cual no impide reconocer que nada menos que en 1245 un médico árabe de El Cairo, Ibn Annafis, dejó consignación escrita de ciertas correccio-

nes tuyas a Galeno en el tema de la sangre; pero su obra quedó desconocida en Occidente, incluso cuando los Alpago, tío y sobrino, médicos del cónsul de Venecia en Damasco, se trajeron en 1521 uno de los manuscritos árabes de los *Comentarios al Canon de Avicena*, de Annafis, a Venecia y a su Universidad, que era la de Padua. Lo curioso es que, al parecer, ni ellos mismos se percataron de la trascendencia de esta noticia, pues no la mencionan en su versión latina de dicho *Canon* seis años más tarde, ni en sus notas a ambos textos. La atención moderna hacia Annafis fue iniciada en 1925 por un profesor alemán, Meyerhof, y aireada por muchos eruditos no españoles que intentan así restar importancia a Servet: éste, según ellos, pudo conocer de algún modo ese texto árabe. Si así fue, toda su gloria quedaría destruida.

La cuestión resulta sumamente interesante, sobre todo si se tiene en cuenta que en los ambientes universitarios de la provincia véneta nada se publica sobre la circulación de la sangre hasta después de la *Restitutio* servetiana de 1553. En efecto, la circulación no aparece descrita hasta la *Composición del cuerpo humano*, de Juan Valverde de Amusco, en 1556, y un libro de anatomía de su maestro de Padua, llamado Realdo Colombo, en 1559. La pregunta es, pues: ¿conoció Servet, a través de alguna vía oral o escrita aún no documentada, algo del ambiente que, quizá a base del texto de Annafis, se estaba formando en Padua? O, por el contrario, ¿copiaron los de Padua a Servet? A

la vista de lo que hasta ahora se sabe, la primera alternativa es la segura: la primacía de Servet.

En primer lugar, habría que descartar que la circulación fuera descubierta por los maestros parisienses de Servet, ya que ninguno de ellos la menciona en sus obras. Vesalio, su condiscípulo, tampoco en la primera edición de su obra *De corporis humani fabrica* (Basilea, 1543); sí, con inseguras palabras, en la segunda, de 1555. Pero Vesalio estaba en Padua en 1540; por lo tanto, de haberla conocido por Padua o por París, la hubiera mencionado en la primera. No hay que descartar del todo que, con motivo de las prácticas disectivas de la cátedra de Andernach, se hubiera llegado a la conclusión de que la descripción que del corazón da Galeno no es la correcta, pero resulta más coherente afirmar que la circulación fue conclusión sacada en solitario por Servet; de lo contrario, Andernach y Vesalio se hubieran apresurado a proclamarla.

En segundo lugar, recientes investigaciones han puesto en la pista de cómo pudo llegar a Padua el descubrimiento de Servet. Recuérdese que en Venecia se hicieron dos ediciones del *Tratado de los jarabes*, lo que indica una sólida conexión entre Servet y ese ambiente, sernetizado médicamente y ansioso de recibir noticias de sus doctrinas; de hecho, se han descubierto en esa zona varias copias manuscritas de *Restitutio*, posteriores a su publicación. Mateo Gribaldi, profesor paduano de Derecho, que

iba y venía al castillo de Farges, cerca de Ginebra, y que fue el promotor de ideas antitrinitarias en Italia, y el librero Pietro Perna debieron de ser los principales contactos de Servet. Además, el hecho de constar el texto del descubrimiento dentro de un tratado teológico tan revolucionario hubo de pesar en muchas conciencias médicas e impulsarlas a ocultarlo, por miedo. En todo caso, cuando William Harvey describió la circulación completa de la sangre en su obra *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus* (Ejercicio anatómico sobre el movimiento del corazón y de la sangre en los animales), de 1628, ya hacía ochenta años que existía la noticia del descubrimiento servetiano. Y no se olvide: Harvey estudió y enseñó en Padua, donde ya era tradición.

Primacía total, pues, de Servet en Occidente, sin que el haberse anticipado Ibn Annafis cuente, de hecho, para nada. Algo así como el presunto descubrimiento de América por los vikingos de Eric *el Rojo* cinco o seis siglos antes de la llegada de Colón.

Servet lleva a cabo, pues, con métodos galénicos un análisis de la estructura o forma del corazón que le conduce, paradójicamente, a superar a Galeno. Como sintetiza el profesor Solsona, «rompe con la idea vigente del paso de la sangre del ventrículo derecho al izquierdo por los hipotéticos poros del tabique interventricular. Curiosamente, con mente galénica, esto es, deduciendo la función del análisis de la forma, echa por tierra la propia fisiología galénica,

base del saber fisiológico que imperaba en Europa en la primera mitad del siglo XVI».

Para una mentalidad de hoy puede resultar extraño que expusiera en un contexto teológico su descubrimiento; no para él, ni siquiera para muchos sabios del Renacimiento, poseedores de esa visión de totalidad que la cultura moderna nos ha ido haciendo perder. La *Teología natural* de Ramón Sibiuda le había enseñado que la Biblia confirma lo que leemos en el otro gran libro, la Naturaleza. Servet no hace sino entroncar la descripción técnica de su hallazgo con textos escriturísticos (*Génesis* 9,4; *Levítico* 17,11 y 14; *Deuteronomio* 12,23) que afirman que el alma o espíritu está en la sangre. Dada, por otra parte, su formación platónica, según la cual todo lo visible es participación y reflejo de algo análogo pero invisible, no tendrá sino que dar el paso definitivo: no es sólo el espíritu humano, el alma, lo que mueve la sangre por el interior del organismo, sino el espíritu de Dios (lo que la ortodoxia llama el Espíritu Santo) el que penetra todo lo que Dios ha creado por su palabra a fin de darle vida, a fin de darle movimiento, que es el signo exterior de la vida. La descripción servetiana de la circulación de la sangre forma, así, parte consustancial de su conflictivo tratado de la Trinidad, concretamente en las págs. 169-172 del original de *Restitutio* (330-336 de nuestra edición). Baste la siguiente selección, que el lector curioso podrá ampliar en lectura y estudio directos del texto de Servet.

«Para que adquieras completo conocimiento del alma y el espíritu, voy a incluir aquí, lector cristiano, una filosofía divina que entenderás con facilidad si estás versado en anatomía.

Suele decirse que hay en nosotros tres espíritus formados de la sustancia vital de tres elementos superiores: el natural, el vital y el animal. En realidad no son tres, sino dos espíritus distintos. El vital es el que por las anastomosis [ramificaciones vasculares] se comunica de las arterias a las venas, en las que recibe el nombre de espíritu natural. El primero, pues, es la sangre, cuya sede está en el hígado y en las venas del cuerpo; el segundo es el espíritu vital, cuya sede está en el corazón y en las arterias del cuerpo; el tercero es el espíritu animal, una especie de rayo de luz cuya sede está en el cerebro y en los nervios del cuerpo. En los tres está la energía del único Espíritu y Luz de Dios.

[...] Para entender todo esto hay que entender primero cómo se produce la generación sustancial del propio espíritu vital, el cual está constituido y alimentado por el aire aspirado y por una sangre muy sutil. El espíritu vital tiene su origen en el ventrículo izquierdo del corazón, y a su producción contribuyen principalmente los pulmones. [...] Se produce en los pulmones al combinarse el aire aspirado con la sangre sutil elaborada que el ventrículo derecho del corazón transmite al izquierdo. Pero este trasvase no se realiza a través del tabique medio del corazón, como corrientemente se cree, sino que, por un procedimiento muy ingenioso, la sangre sutil es impulsada desde el ventrículo derecho del corazón por un largo circuito a través de los pulmones. En los pulmo-

nes es elaborada y se torna rojiza, y es trasvasada desde la arteria pulmonar a las venas pulmonares. Luego, en la misma vena pulmonar, se mezcla con el aire aspirado, y por aspiración se vuelve a purificar de la fulígine [suciedad] y así finalmente, la mezcla total, material apto ya para convertirse en espíritu vital, es atraída por la diástole desde el ventrículo izquierdo del corazón.»

El Doctor de Villanueva continúa unas páginas más exponiendo con regocijo las relaciones fisiológicas entre venas, arterias, corazón, cerebro (cuya complejidad «apenas entenderá quien no vea ese lugar»), sentidos, inteligencia, memoria, con oportunas consecuencias para la mejor conducta humana. Concibe la sangre o espíritu vital como base de la mente, alma o espíritu animal (=animador); los filamentos nerviosos que se entretrejen en todos los vasos sanguíneos llegan «hasta los orígenes de los nervios para transmitirles la facultad de sentir y mover. Todos los nervios terminan en filamentos membranosos dotados de exquisita sensibilidad. [...] También contribuyen a la bondad de la mente la buena conformación y proporción de los vasos y de los humores, de manera que el alma es tanto mejor cuanto mejor dispuestos están ellos. Pero así como el buen espíritu acrecienta más y más la luz que tenemos innata, así también el malo la oscurece. [...] En el corazón radica, además del principio de vida, el dominio de la voluntad y, tras las tentaciones del entendimiento y

los incentivos de la carne, la primera fuente de pecado por nuestro consentimiento», idea que Servet basa en aquella frase recogida en Mateo 15,1: «Lo que sale de la boca, del corazón sale, y esto contamina al hombre».

A la vista de tanta maravilla, Servet no puede reprimir, potenciándolo, maximizándolo, un casi extático grito de admiración, eco del famoso de Hermes Trismegisto (*magnum miraculum est homo*, gran milagro es el hombre) que tantas veces repitieron los hombres del Renacimiento: «¡El máximo milagro es esta composición del hombre!», *maximum miraculum est haec hominis compositio*.

En su descripción pormenorizada, primera en Occidente, de su descubrimiento de la circulación pulmonar de la sangre, que explica, como es natural, con las obvias cortapisas de la embrionaria ciencia de su tiempo, y que subsume y entronca en un originalísimo sistema de pensamiento que integra todo el universo —desde la esencia divina y la creación de todo él por la palabra de Dios y su vitalización de todo lo así creado por el espíritu del Dios, el Dios totalmente único y desconocido, hasta los más recónditos meandros de los filamentos nerviosos que por la sangre llevan ese espíritu divino—, culmina la sabiduría de Miguel Servet. Fue mucho más que científico, fue un sabio.



Mural de Diego Rivera en la Facultad de Medicina de la Universidad de México. Arriba, ampliados, dos detalles de la figura de Miguel Servet

SERVET, HEREJE



QUÉ ES HEREJÍA

Probablemente el lector ha pasado la vista sobre las últimas frases sin que nada en ellas le haya llamado la atención; si acaso, esa innovadora integración —muy de Servet, y muy del Renacimiento— de ideas fisiológicas y teológicas. Sin embargo, formulan la nota más característica del pensamiento teológico de Servet, que es cabalmente una herejía. Observe el lector que los términos “palabra” y “espíritu de Dios” han sido escritos con minúscula, aunque en principio puedan significar la Palabra o Verbo y el Espíritu Santo, segunda y tercera Personas de la Trinidad. No es, no, que la herejía trinitaria de Servet consista en escribirlos sin mayúscula; lo suele hacer con ella. Es una estratagema de quien se esfuerza por explicar sus ideas, a fin de que el lector se percate de lo sutil que es su doctrina, y de lo sutiles que eran las mentes y las ideas de aquellos hombres del Renacimiento, algunos de los cuales —y Servet es quizás el máximo ejemplo— eran capaces de abrazarse a la muerte por ellas.

Herejía es toda doctrina que contradice dogmas de fe. Pero bien podrá ocurrir que una doctrina rechazada por una comunidad o una autoridad sea aceptable por otra. Lo que se define como herejía depende de por quién.

Algunos dogmas de la Iglesia Católica Romana no lo son para las comunidades protestantes, las cuales, por el contrario, los consideran errores y falsificación de las originarias verdades cristianas, y por cuya corrupción “protestaron” bajo la guía de Lutero, Calvino y otros. La Romana tiene la garantía de una sola autoridad central que todos los católicos reconocen infalible; ésa es la razón de la unidad berroqueña que suele presentar. Pero los católicos olvidan que a cada nueva declaración dogmática se han ido quedando en las cunetas de la historia quienes, con absoluta buena voluntad, creían servir al mismo Dios de todos con otras ideas que estimaban más auténticas, más fieles a las de la primera tradición cristiana.

Son los herejes, despreciados por orgullosos, soberbios y vanos, mientras que se les debería tener por hermanos cuya fe, humildad, sinceridad y corajuda valentía son, al menos, tan plenas como las de quienes sin caridad los condenan. Servet es de los pocos intelectuales cristianos a los que les cabe la no se sabe si honrosa o penosa distinción de haber sido rechazadas sus ideas y haber sido perseguido y condenado él por todas las iglesias.

Puede afirmarse con razón que no ha habido en toda la historia del cristianismo —y es probable que no lo haya en el futuro— un hereje tan total, pues que esa totalidad de visión es característica esencial de su visión del mundo y de su doctrina.

LAS FUENTES

Para comprender el sentido de esta totalidad, es necesario tener en cuenta las fuentes de su pensamiento, las cuales proceden de todo manantial imaginable. Hemos visto ya que en el campo de las ciencias de la Naturaleza la erudición de Servet abarcaba con familiaridad las escuelas médicas clásicas. Lo mismo ocurre con sus conocimientos de otras ramas del saber.

En el terreno de los estudios bíblicos estaba al corriente de las últimas novedades filológicas, aparte de su dominio de las lenguas originales de la Sagrada Escritura. Se une a ello su exigencia, muy renacentista —que, por ejemplo, Fray Luis de León compartía— de que se lean los textos bíblicos primariamente «en su sentido histórico y literal», como Servet escribe en el prólogo a su edición de la *Biblia* de Pagnino. Este requisito, como es fácil entender, suprime el llamado sentido profético. Servet enseña que, si hemos de leer los libros del Antiguo Testamento como los leen los judíos, para quienes fueron escritos, no se puede decir que contengan reales profecías del nacimiento, la vida o la pasión de Jesús.

En ellos, sin embargo, «ya hay asomo de la verdad futura», pues muchas personalidades y acaecimientos de la historia hebrea fueron tipo o prefiguración de los cristianos; por ejemplo, el arca de Noé lo fue de la Iglesia, David y Salomón lo fueron de Cristo, «hasta el punto de que diga-

mos que sobre Cristo hay un sentido literal profético», pero sólo simbólicamente.

Añade Servet el estudio de primera mano de los escritos de intelectuales cristianos inmediatamente posteriores a la generación de los apóstoles y evangelistas, para detectar la *veritas evangelica* original. Son los conocidos como Padres de la Iglesia, entre los cuales tiene preferencia por los llamados pre-nicenos, por vivir y escribir antes del Concilio de Nicea (325), que definió como dogma la divinidad de Jesucristo, casi trescientos años después de su muerte. Según Servet la original doctrina cristiana se mantuvo aún pura en esos tres siglos, pero lentamente la fue pervirtiendo el contacto con herejías antiguas, como el gnosticismo, que incapaz de comprender la unicidad de Dios proponía emanaciones de su esencia. La Trinidad, cree Servet, es precisamente creencia de origen gnóstico, de modo que los Padres que más acérrimamente la defendieron (San Atanasio, San Hilario, San Agustín) hicieron un flaco servicio al cristianismo. Dios es absolutamente uno, y no se puede hablar de que en Él, en su esencia, haya Personas. Los Padres pre-nicenos son testigos de otra interpretación de la Palabra y el Espíritu de Dios; es la que él va a proponernos a continuación.

Quien osaba enfrentarse a la multiseular tradición cristiana con vistas a enmendarle la plana en su más radical y profundo dogma, el de la Trinidad, natural era que se pre-



sentara bien pertrechado no sólo de lenguas bíblicas, sino de familiaridad con las autoridades judías sobre el Antiguo Testamento. No da muestras Servet de utilizar el Talmud (comentarios de rabinos clásicos sobre la *Torah* o libros de la Ley) ni la Cábala, cuyo principal libro, *Zohar*, fue escrito por rabinos españoles; pero sí a los principales maestros de la literatura rabínica: no sólo los *Targumim*, comentarios arameos interlineales a la Biblia, sino las grandes figuras, como David Kimchi de Nar-

bona, Aben Ezra de Toledo, Salomón Rashi y, sobre todo, el egregio Maimónides de Córdoba, autor de *Guía de peregrinos*; y sus casi contemporáneos que acababan de salir en la triste expulsión de 1492, Isaac Arama (rabino en Zamora, Fraga y Calatayud) y Abraham Saba (de Huesca). Más aún, sus citas de *El Corán* en *Restitutio* son perfectas; Servet lo conocía muy bien. Aspiraba a proporcionar con su doctrina la base de unión de todos los creyentes.

Mas no acaba ahí la sabiduría de la que se pertrecha antes de ofrecer al mundo su atrevido sistema científico-teológico. Necesitaba adoptar una corriente filosófica que le ayudara a darle estructura y sentido. Se observa en sus

obras una evolución desde el frontal rechazo de toda filosofía en su juvenil *Diálogo sobre la Trinidad* hasta su aceptación cautelosa en *Restitutio*. Da la impresión de que su sed de racional saber quedó frustrada al primer contacto con la filosofía griega, especialmente la de Aristóteles, y al quedar deslumbrado por la luz de la Biblia en sus primeros encuentros con los jefes de la Reforma. Fue Champier quien le introdujo en otra dimensión filosófica, el neoplatonismo, en la versión que de él dio en Florencia su gran valedor, Marsilio Ficino. Esta corriente había inspirado ya brotes de literatura mística en la Edad Media, y sirvió luego a algunos humanistas —ciertamente a Servet— como armazón para intentar una visión integral de la verdad, superando los dualismos de otras filosofías. Dios es *essentia omniformis*, y todas las cosas son mero reflejo de esa esencia única, a cuya visión y posesión siente el alma una atracción irresistible.

Este neoplatonismo se refuerza en *Restitutio* con ideas extraídas de textos esotéricos, semisecretos, arcanos, tenidos entonces por cifra de la máxima sabiduría. Tales los *Himnos órficos*, la colección *Corpus hermeticum*, los *Oráculos sibilinos*, los *Oráculos caldeos*, etc., que en tiempos se atribuyeron a Orfeo, Hermes, las Sibilas, Zoroastro, de gran boga entre los curiosos humanistas del Renacimiento. Recuérdese que Miguel Ángel pinta en la Capilla Sixtina las Sibilas y los Profetas al mismo nivel como vaticinadores de Cristo. Era vieja creencia que Dios había inspi-

rado en las mejores mentes dentro y fuera de Israel más o menos las mismas verdades que luego por medio de Jesús reveló; una sabiduría que llamaban *prisca theologia*, teología primera, antes de la revelada. Nada, pues, más normal que recuperarla integrándola en ésta, a fin de confirmar la unicidad del mensaje divino desde la unicidad de sus fuentes. Esto mismo hace Servet.

Pero no se crea que su *Restitución del cristianismo* es una obra de filosofía sistemática. Sería falaz empeñarse en presentar un sistema filosófico como propio de Servet. Servet entero se mueve inmerso en cauces teológicos y reformadores. Como en el caso de su peculiar tratamiento de las fuentes patrísticas y hebreas, acepta selectivamente de sus lecturas filosóficas lo que le sirve para mejor estructurar sus propias intuiciones. Determinadas ideas neoplatónicas resaltan de entre las que le fueron más útiles; pero sabe mantener su individualidad inconfundible a pesar de estos y otros préstamos instrumentales.

MENTE Y CRITERIOS

Quien se haya familiarizado con Servet, tarea que requiere dedicación de por vida, no dejará de percibir en él una personalidad subyugante. Cualquiera que fuere su aspecto exterior —y por el proceso de Ginebra sabemos que vestía elegantemente, cadena de oro al cuello y anillos en varios dedos de sus manos—, sus escritos denotan

un carácter irritable e irritante, quién sabe si determinado por su probable cojera y la huidiza inestabilidad de su reconocimiento. Era insolente, discutiador, polemista, acérrimo analizador de las expresiones ajenas, observador hasta el detalle, empedernido lector, memori6n, suavizado todo ello, parad6jicamente, por el aroma de una vida interior saturada de ternura y una espiritualidad rayana en la experiencia mística. Impaciente con los necios y los cegados por prejuicios irracionales, era capaz de estrujar un argumento, favorable o adverso, hasta desnudarlo de la mínima escoria. Idealista, bienintencionado, ingenuo, como todo intelectual que se respete, estaba dispuesto —cosa que logró— a dar su vida por sus ideas, más aún de



*Julio Arribas, fundador del Instituto de Estudios Sijenenses «Miguel Servet»,
y el autor junto a la estatua de Servet erigida en Villanueva de Sijena*

lo que Lope de Vega, según apunta Ortega y Gasset, lo estaba a dar su sotana por una historieta.

La compleja mente de Servet se puede reducir, sin mucho riesgo, a unos cuantos parámetros directivos. Parte de cierto escepticismo inicial, cierta duda metódica: desconfiar de todo y todos mientras uno mismo no lo vea claro. La investigación hacia la verdad comienza por lo inmediato: observar la estructura de la naturaleza, la forma y funciones del cuerpo humano, el fondo comprobable de los sucesos históricos. Para discutir sobre la esencia de Dios, *Restitutio* empieza hablando de la humanidad de Jesús. Pero, aun dentro de un muy complejo sistema de pensamiento, Servet se deleita en la sencillez, tanto en su vida y en la que de los demás espera como en la solución que prefiere para sus problemas. Su experiencia religiosa personal arrancó en el para él repulsivo espectáculo de la ostentosa coronación del Emperador en Bolonia, y de ella partieron sus dos intuiciones básicas, «el sencillo camino de la verdad, una religiosidad sencilla». La Biblia es proclamada y usada como *fons veritatis*, fuente de verdad, sea para confirmar los conocimientos empíricos (caso de la circulación), sea para aceptar propuestas que luego, a su vez, deberán ser comprobadas por el análisis racional o lingüístico. Las ideas filosóficas, especialmente del neoplatonismo y el hermetismo, le sirven de ilustración para dar unidad y ver la coherencia de lo adquirido estudiando los dos “libros” fundamentales: Naturaleza y Biblia.

El modo en que este método se articula se puede resumir en estas tres etapas:

La *filológica*, con su dominio de las lenguas, le sirve para determinar el auténtico significado *literal* de los textos de la Biblia; de ahí su insistencia en que no puede ser teólogo ni hablar científicamente de temas cristianos quien no empieza por saber hebreo y griego, su constante recurso a los Padres pre-nicenos por testigos inmediatos de la tradición más pura, su definición estricta de los términos técnicos, su uso de ediciones críticas, su familiaridad con comentaristas hebreos, etc.

La *filosófica*, que le ayuda a relacionar el contenido *conceptual* de los datos bíblicos o empíricos con otras expresiones paralelas, especialmente las neoplatónicas, y a dar unidad a su sistema;

La *científica*, por fin, si es que no empezó por ella, corrobora sobre base *factual* los datos bíblicos y sus correlatos filosóficos. Esta trabazón de ciencia y teología muestra que Servet aún no ha llegado a plantear una ciencia independiente de la religión, como luego hizo Galileo.

DE ERRORES DE LA TRINIDAD A RESTITUCIÓN DEL CRISTIANISMO

Los dos libros juveniles de Servet, un total de 322 páginas en pequeño formato pero de conciso y compacto con-

tenido, escritos cuando acaba de cumplir veintiún años, son ya obra de un maestro. Asombran por su erudición, claridad, dominio del latín, griego y hebreo y, cómo no, por la original tesis revisionista del esencial dogma cristiano de la Trinidad. Hay traducción al holandés (1620) y al inglés (1932), y se está, por fin, realizando una al español. Aunque constituyen un ensayo de doctrinas similares expandidas luego en *Restitutio*, disponer de ellas contribuiría a facilitar el conocimiento actual de Servet. Mas no todos los servetistas han notado que, en realidad, se trata de tres opúsculos: el *De erroribus* ocupa 238 páginas, seguidas de los *Diálogos* entre un Michael —su *alter ego*— y un Petruccius o Pedrillo cualquiera (de 43); pero a éstos se adhiere una segunda parte sobre lo que hoy se llama Cristología, un tratado de 41 páginas *Sobre la justificación por la fe en Cristo y sobre la caridad*.

El tono y tema de estas tres obritas determinaron que fuera toda su vida un huidizo perseguido, ya que exigieron su cabeza la Inquisición francesa, la española y todos los líderes de la Reforma: Lutero, Melanchton, Bucero, Capito, Ecolampadio. Todos clamaron contra él.

No resulta fácil comprender lo que Servet quiere decir, y si él se oyera llamar “antitrinitario” se rebelaría con todo su mucho coraje. No niega la Trinidad, sino que la interpreta conforme a lo que él cree que es la auténtica significación de los términos con que en la Biblia parece ser designada.

El núcleo de su doctrina trinitaria consiste en afirmar que los términos “palabra” (heb. *dabar*, griego *logos*, lat. *verbum*) y “espíritu” (respectivamente, *ruaj*, *anemós*, *spiritus*), con los que en la Biblia se designan lo que el cristianismo fue interpretando como las dos Personas de la Trinidad, hay que entenderlos no como tales dos Personas distintas en la misma una y única esencia de Dios, sino como dos aspectos de Dios, como sus metafóricos brazos o sus reales modos de dispensación: uno para manifestarse en el universo «creado por su palabra», pues que dijo «Hágase el cielo», etc., y otro para vivificarlo, como hizo con su soplo sobre el barro de Adán; *ruaj*, *anemós*, *spiritus* significan literalmente “aire, viento”. Por otra parte, Servet devuelve al término “persona” su sentido etimológico original, de *personare*, “sonar a través de”, como la máscara de un personaje (teatral) oculto tras ella.

Hactenus est factis conelamatum, et magna subscribentium ^h ^h turba.
 Sed quos locos isti adducunt, ad firmendū inuisibilem illum, et ~~sub~~scilicet
 definitum filium, quem asserunt? Nullo sani adducunt, nec adducunt
 unquam. Hoc decebat tantos eloquij divini ministros, qui et ubiq; innotent,
 se nihil velle docere, quod non sit solidis scripturae locis demonstratum.
 At nulli tales loci nunc inveniuntur. Improbata est igitur doctrina
 mea filii clamoribus, rationa vero nulla, auctoritate nulla.

Michael servetus subscribit, solus hic quidem,
 sed qui Christi habet protervū crucifixum.

Últimas líneas de Servet, en latín, con las que cierra su discusión con Calvino

Enteras páginas en sus tratados teológicos remachan tenazmente este fundamental punto de partida. Cree él estar apoyado no sólo en que antes de Nicea numerosos pensadores cristianos defendían lo mismo, aunque fuera siendo excomulgados como herejes, sino en que los nunca excomulgados, especialmente Tertuliano y San Ireneo, compartían esta interpretación. En Jesús hijo de María, dice, se encarna esa palabra, por lo cual ésta (el Verbo) sí es eterna, pero no es hijo de Dios, no Segunda persona de la Trinidad. Por el contrario, Jesús, aunque por ser concebido por obra del espíritu de Dios es también hijo de Dios, no es eterno, pues que en el tiempo nació. En Jesús se ha hecho carne esa eterna palabra de Dios, el cual así se nos manifestó dos veces: en la creación y en la encarnación.

Es natural que todo cristiano clamara que negando la eternidad del Hijo negaba la del Padre, pero tal objeción no tenía sentido para Servet. Nada le impedía ya seguir exponiendo su central concepción cristológica y la función que adjudica al espíritu de Dios: no entidades distintas, personas divinas, sino modos complementarios de vivir Dios inmanentemente en cada ser, creado a su imagen por la palabra y movido hacia Él por el ímpetu innato de su espíritu. Obsesionado con su idea matriz, hacia el final del *De los errores* incluye esta frase reveladora: «Pienso que fue señal de castigo divino el que la Trinidad naciera [se proclamara] por el mismo tiempo en que el papa se hizo rey». Alude al papa Silvestre, que ocupó Roma al dejársela el

emperador Constantino, hacia el tiempo del Concilio de Nicea. Para Servet y otros muchos críticos, esa fecha fue el comienzo de la corrupción del cristianismo, «la gran caída de la Iglesia», que él sueña restituir. Cree que el simple y sencillo mensaje cristiano se contaminó en materias de fe por contactos con el gnosticismo, y en el plano de vida comunitaria, por tomarlo todo prestado de la administración del Imperio Romano.

El clamor adverso le movió a estampar al frente de su *Diálogos* estas frases, modelo de astuta diplomacia; parece que se retracta mientras, de hecho, se empecina en las mismas ideas:

«Lo que hace poco escribí contra la común doctrina de la Trinidad todo lo retracto ahora, amable lector. No porque sea falso, sino por imperfecto y escrito como por un niño para niños. Pero te ruego que de ello retengas lo que pueda ayudarte a comprender lo que voy a decir, y achaca a mi impericia y al descuido del tipógrafo lo que salió en el bárbaro, confuso e incorrecto libro anterior. No querría que se ofendiera cristiano alguno, ya que a veces suele Dios por medios necios del mundo manifestar su sabiduría. Atiende, pues, te ruego, al asunto mismo, pues si en él pones tu mente nada te entorpecerán mis torpes palabras. Adiós.»

Su acrimonia, sin embargo, ha ido en aumento. No sólo insiste, aunque con ese disimulo inicial, sino que además insulta a todos sus oponentes, tanto católicos como protestantes. Camuflado como Miguel de Villanueva, su

profesión pública era la práctica médica, pero en soledad, mientras se pertrechaba para su gran obra, seguía dedicándose con avidez a rumiar los mismos temas teológicos de su juventud y a darles la forma definitiva. Sin excluir que quizá llevaba tiempo preparando una especie de respuesta sistemática a las *Instituciones de la religión cristiana* de Calvino (1536), la señal inmediata pudo ser el escrito *Sobre la reforma de la Iglesia* (1545) que el reformador envió al Emperador puntualizando sus condiciones para el Concilio de Trento. Como vimos, por entonces mismo mandó Servet a Calvino su primer borrador de *Restitutio* y sus cartas.

Confiado en que el *amable lector* (así le ha llamado Servet) no tarde en zambullirse en la lectura personal de ese océano que es *Restitutio*, nada mejor, quizá, que ofrecerle un resumen.

La obra se divide en cuatro partes. La primera, «Sobre la Trinidad divina», mejora y reexpone los tratados de veinte años antes. Toma del humanista italiano Lorenzo Valla la idea de que “persona” no es un concepto entitativo, pues no debe designar a un ser, sino aspectual, por referirse a su apariencia o aspecto. Lima y pule sus expresiones al hablar de los nombres de Dios, de las funciones de Cristo, de las del espíritu de Dios, contexto en el que, como un ejemplo de su actividad invisible, inserta la descripción de la circulación de la sangre. Insiste una y otra vez: la palabra y el espíritu de Dios son dos modos de manifestarse y comu-

nicarse a las cosas y a los hombres. Servet es el primero en haber mostrado que la Escritura no se refiere a una Segunda Persona trinitaria, sino al hombre Jesús de carne y hueso cuando le llama “hijo de Dios”; éste es el punto más original, y el más herético, del todo el servetismo. El Hijo y el Espíritu Santo no son dos entidades distintas, sino las dos maneras focales de incorporarse el Dios siempre inaccesible al mundo y al hombre en la historia, para agitarla y elevarla en un proceso de progresiva deificación.

En la segunda parte, que tiene el mismo título que los *Diálogos*, apenas se puede hallar con ellos otro parecido. Repite hasta la saciedad ideas antes dichas, mas ahora con muchas referencias al horizonte neoplatónico que había descubierto, y sometiéndolo todo a una nueva redacción con la cual, sin embargo, no logra el orden y concisión que serían de desear. Pero encierra algunas de las más fascinantes ideas de Servet: la función de la luz, que todo lo penetra, de modo que el alma es «chispa de luz divina»; la de los cuatro elementos cósmicos; cómo por su espíritu Dios constituye parte formal de cada ser sin que se efectúe un cambio de su identidad; la original explicación del modo en que la palabra de Dios se hizo hijo de Dios y de María al encarnarse en ella, etc.

También la tercera parte reconoce su remoto origen en el tercer ensayo juvenil, antes mencionado; de hecho, le da el mismo título. Es quizá lo más bello de *Restitutio*.



*Detalle de la estatua de Servet en Annemasse, Francia, junto a Ginebra, por Clotilde Roch (1908).
Desapareció en 1942 y fue restablecida por
suscripción popular en 1960*

Miguel se deleita en hablar de la fe, no mero asentimiento intelectual, que se presupone, sino entrega cordial a la persona de Cristo, pues, como dice en frase de bello cuño, *imperat cor intellectui*, el corazón manda sobre la inteligencia. Ensalza luego, frente a la ominosa teoría de la predestinación tan cara a Calvino, el gozo de la libertad humana, reflejo de la divina, aunque muy humanamente acota luego que no todas las circunstancias permiten su uso ilimitado. Toma partido en la discusión sobre el mérito de las obras

y la fe para la salvación, y se explaya sobre lo que llama *activa charitas*, fundamento de la vida interior individual y del ordenamiento social cristiano, criterio desde el que juzgar la corrupción social de su tiempo y, sobre todo, el énfasis puesto por la Iglesia de Roma en lo ceremonial,

en el rito, que la sitúa, dice, en permanente riesgo de reincidir en las exterioridades del judaísmo.

La cuarta y última parte, «De la regeneración sobrenatural y del reino del Anticristo», hace eco inicialmente a su folleto «Sesenta signos del Anticristo», impreso junto con *Restitutio*. En el bronco lenguaje de los reformadores de principios del XVI, y aun después, el Anticristo es el papa y lo que él representa. Da pena verle ponerse al nivel del más grosero militante antipapal y lanzar incontables improperios contra él y la Iglesia de Roma. Nueva Babilonia, nuevo Satanás, contra cuyos abusos e influencia se siente llamado él, Miguel, como nuevo arcángel, a luchar hasta el fin. El mundo va a la perdición guiado por Roma y por los reformadores, y la sola salvación es desandar el falso y ya largo camino andado y volver a la auténtica vida cristiana en directo y personal vínculo con Cristo, tal como —según él— se enseñó y practicó en las comunidades originarias.

Es en estas páginas conmovedoras donde su cristocentrismo y espiritualismo radicales llegan al culmen en su intento de “restitución” del auténtico cristianismo. Pero porque la libertad se desarrolla hasta donde comienza la responsabilidad, aplica uno de sus muchos principios filosóficos, *scientia est comes peccati* (el conocimiento es compañero del pecado), a una extraña, quizás escandalosa, conclusión: no hay real pecado mortal hasta la edad de veinte años; los anteriores han debido ser mera etapa

de aprendizaje de buena conducta. Más aún, la edad adulta cristiana comienza a los treinta, momento en que, como a Jesús mismo, debe darse el bautismo, signo de compromiso definitivo. Servet, quien tuvo muchos contactos con los anabaptistas de su tiempo, no puede comprender que ese “ministerio” no se tome con plena seriedad y se le haga cosa de chiquillos incapaces de decidir su fe por sí mismos. Parece que se hizo re-bautizar a esa edad, en Charlieu o en Lión. Niega sea lícito bautizar a niños y dedica a este otro arduo tema muchos de sus desvelos, de modo que a *Restitutio* añade un breve apéndice que enumera y rebate 25 razones del bautismo infantil.

Da luego normas para la predicación e ilustra sobre el sentido de los “ministerios” (no los llama sacramentos), de los cuales sólo admite dos: el bautismo y la eucaristía. Sobre la presencia de Jesús en ésta parece adoptar una actitud un tanto ambigua: rechaza la real, pues sus principios filosóficos le fuerzan a negar la transubstanciación; parece rechazar la teoría luterana de presencia transitoria y la calvinista de presencia simbólica, y diseña una doctrina que, sin detalles, insiste en que la eucaristía es alimento del previamente incorporado a Cristo en el bautismo, de modo que, aplicando hasta las últimas consecuencias aquellas palabras de San Pablo «vivo yo, mas ya no yo, sino que es Cristo quien vive en mí», lo «transforma —dice— interiormente en divinidad». Miguel confiesa tímidamente alguna de sus propias experiencias místicas, vividas gozosamente

en el santuario de su *vita abscondita*. Quien una vez fue así incorporado y restituido a Dios por su fe y su bautismo, y se entrega plenamente consciente a la justicia de Cristo, y refleja ésta en una vida ética y espiritualmente pura, la cual alimenta con ese pan de vida divina, ya no puede perder esa vida, es impecable, eternamente inmortal.

La resurrección del cuerpo (¿sólo de los divinizados?, ¡he aquí uno de tantos problemas!) es su postulado natural. Servet diseña la Iglesia como una red de comunidades de base acéfalas, unidas en la fe bajo tutela y guía meramente espiritual de un ejemplar *episcopós* nunca dotado de capacidad de castigo (si acaso, la excomunión), sino de persuasión.

Restitución del cristianismo termina con esta oración:

¡Oh, Padre omnipotente, Padre de misericordia! En nombre de tu hijo, Jesús el Cristo, nuestro Señor, líbranos, miserables de nosotros, de estas tinieblas de muerte. ¡Oh, hijo de Dios, Jesús el Cristo! Tú, que moriste para que no muriéramos nosotros. Ayúdanos, no muramos. Te pedimos suplicantes lo único que tú nos enseñaste a pedir: “Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino”. ¡Ven tú mismo, Señor! En el Apocalipsis tu esposa, la Iglesia, ora y dice: “¡Ven!”. Y el espíritu de tus hijos ora y dice: “¡Ven!”. Y quien esto oye, que ore, clame y diga, como Juan: “¡Ven!”. De seguro, tú vas a venir, pues has dicho: “Vengo en breve” (Ap. 22). Y de seguro, con tu venida destruirás al Anticristo (II Tes. 2). FIAT. ¡Que así sea! Amen.

SERVET, MÁRTIR



Pero, entendámonos, ¿se puede en justicia llamar mártir a un hereje, y más a uno a quien cierto escritor llamó “el mayor hereje de todos los herejes”? Acertó Servet en adelantarse cuando escribió su *Apología contra Melancthon*, a quien es normal que se la enviara manuscrita y que, en todo caso, logró imprimir como apéndice de *Restitución*. Es uno de los escritos que mejor resumen su pensamiento y muestran sus dotes de polemista. Bien iba a necesitarlas al enfrentarse con Calvino, encontronazo quizás buscado deliberadamente por él.

¿Por qué Ginebra?, nos hemos preguntado tantas veces. ¿Qué suicida impulso le condujo precisamente allí tras escapar de la cárcel de la Inquisición en Viena? Él dijo que iba camino de Nápoles a ejercer la medicina, pero no necesitaba pasar por Ginebra; puede, pues, haber sido una excusa para velar su intención de ir a Padua o Venecia, donde ciertamente contaba con amigos que no quería delatar. ¿Aspiraba a vencer a Calvino en un cuerpo a cuerpo dialéctico? Tal obsesión sería muestra de su ingenuidad, paralela a la que se revela en la maravillosa utopía de toda su doctrina. ¿Soñaba con amalgamar con su presencia la oposición política interna a Calvino y derribar la influencia que ejercía sobre el Concejo de la ciudad? Tal ha sido desde antiguo la convicción de los escritores calvinistas,

que estudios recientes parecen apoyar, si bien con ello intentan disminuir la culpa de Calvino en este crimen que es su máxima vergüenza.

En efecto, Servet tenía razón en considerar a Ginebra un «lugar de refugio». A su editor, Guérout, allí se lo dieron los enemigos políticos de Calvino. Quizá los cuatro meses de vagabundeo por los valles alpinos cansaron a Miguel y le hicieron sospechar que también para él había allí asilo. Pero ignoraba que mientras tanto había cambiado la situación: Guérout echó a su cuñado Arnoullet y a Servet mismo la culpa de publicar *Restitución*. La confianza que al principio del proceso muestra Servet cede poco a poco hasta la desesperación, al comprobar que su viejo amigo —quien no obtuvo de Servet permiso para traducir *Restitución* al francés— y los de éste o le habían traicionado o se sentían impotentes para actuar en su



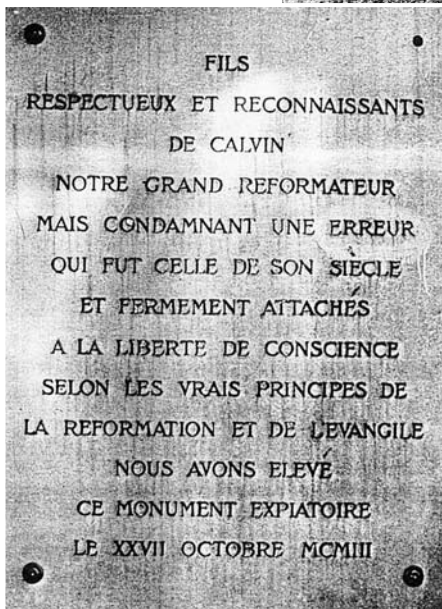
*Câtedra de Calvino en Saint Pierre,
Ginebra (Foto: Moderne)*

favor. La mayor parte de las preguntas que le hizo el fiscal de la ciudad se refieren a sus mutuas relaciones. Servet, que entre las cualidades humanas estimaba especialmente la amistad, se dio cuenta de la maniobra y, a pesar de todo, se empeñó en salvarlo. Si en el abatimiento de su cárcel hubiera conocido la carta que Arnoullet escribió a un amigo librero de Frankfurt pidiéndole que destruyera los ejemplares de *Restitutio* que le había enviado —carta que cayó en manos de Calvino, por lo cual se conserva—, hubiera podido decir de Guérout lo que su concuñado: «Me ha traicionado vilmente». He ahí un aspecto ejemplar de la personalidad de Miguel. Servet fue, pues, ante todo, *mártir de la amistad*.

Precisamente aquel año de 1553 Calvino, que era un exiliado francés, estaba encontrando en Ginebra, cuyo dictador religioso era, la oposición política más fuerte. Sus mayores enemigos, a quienes él llamaba libertinos, eran ahora dueños del Concejo, hartos de que un extranjero mantuviera una teocracia puritana que les prohibía cantar, bailar, chismear, beber y aun jugar a las cartas. Quien disentía de sus opiniones era desterrado. En abril de ese año llegó a exigir al Concejo que obligara a los hoteleros a comunicar los nombres de sus huéspedes y si rezaban o no antes de las comidas. Por todo esto, el proceso de Servet tuvo, además de aspectos religiosos y teológicos, una indudable faceta política. No se le pudo demostrar ningún tipo de conspiración con los adversarios de Calvino, quie-

nes no podían defenderle abiertamente por miedo a ser acusados también de herejía. Tampoco Calvino juzgó oportuno presentar en directo el aspecto político, dada su débil posición. Optó por la teología como campo neutro, y así venció a todos: a Servet y a sus propios enemigos. En este sentido, Servet es también, por paradójico que parezca, *mártir de la independencia ginebrina*.

Todo empezó aquel domingo 13 de agosto de 1553 en que, incomprensiblemente, Servet aparece en Ginebra y va a la iglesia, donde quienes le reconocen le denuncian. Es encarcelado por petición del secretario de Calvino en nombre de éste y, como señala Bainton, el proceso se desarrolla en cinco fases. Primera: Calvino hace introducir formales acusaciones de herejía extraídas de comentarios aislados de Servet en la *Biblia* de Pagnino y la *Geografía* de Tolomeo, y, sobre todo, del texto de *Restitución* sobre su doctrina de la Trinidad y el bautismo infantil. Segunda: interviene el fiscal general, quien le interroga intentando crear la impresión de que Servet era disoluto y revolucionario. Llegan entonces los informes solicitados a la Inquisición católica de Viena sobre el proceso que allí se le había instruido. Tercera: trascendental y muy agria discusión escrita entre Servet y Calvino, en latín. Servet se exaspera, se le rechaza la petición de abogado defensor y la apelación a una instancia superior; no comprende las dilaciones, ignorante de los entresijos de todo aquel ovillo. Es ya 10 de octubre. Cuarta: el proceso adquiere nivel nacional,



Monolito erigido en Champel, el lugar donde se quemó a Servet, con su lápida: «Hijos respetuosos y reconocidos de Calvino, nuestro gran reformador, condenando un error que fue el de su siglo y firmes partidarios de la libertad de opinión según los verdaderos principios de la Reforma y del Evangelio, hemos levantado este monumento expiatorio el 27 de octubre de 1903»

pues se consulta sobre él a los concejos de Zurich, Berna, Basilea y Schaffhâusen. Servet se queja de la situación en que se le tiene confinado, enfermo, febril, sucio, casi desnudo, lleno de piojos. Quinta: todos le condenan, con lo que Calvino y Ginebra intentan diluir su responsabilidad, que le echan en cara defensores de Servet residentes fuera de esa ciudad. La sentencia es a la hoguera, el 26 de octubre, sin ningún voto en contra, y se le quema vivo el día siguiente, viernes 27, en la colina Champel, extramuros de Ginebra, hoy en el centro de la bella y aburrida ciudad. Una discreta lápida recuerda hoy su muerte en aquel lugar.

Es sintomático de la actitud de Calvino que lograra hacerlo condenar por sólo dos cargos: su peculiar doctrina de la Trinidad y su rechazo del bautismo infantil, suficientes como expresión de herejía, pero de importancia no primaria —incluso el primero— dentro del sistema de Servet. Cualquier estudio objetivo puede hoy concluir que tales “errores” ocupan en él un lugar dialécticamente sensacionalista, pero técnicamente secundario. Calvino sabía muy bien que, por encima de ellos, Servet presentaba un modo original de entender el cristianismo en su totalidad, así como la organización de la sociedad cristiana, radicalmente distinto al de la ortodoxia tanto de la Reforma conservadora como de la tradición de la Iglesia Romana. Vio en él un peligro portentoso, y tuvo suerte de poder acusarlo de dos “errores” llamativos de fácil condena sin tener que aludir siquiera, en el proceso lleno de calumnias, a las otras di-



Michael Servetus, hispanus de Aragonia, *grabado*
de C. Sicbem (1607)

menciones servetianas. Lamentablemente, aquel arranque del antiservetismo ha determinado ingentes márgenes de incomprensión de los que todavía adolece el auténtico conocimiento de Servet.

Aquella mañana fatal aún pidió una entrevista personal con Calvino. Actuó éste con deliberado cinismo y peculiar frialdad. Desesperado, el pobre Miguel aceptó al fin su suerte. Cobarde, Calvino había hecho venir de Lausana para

acompañarle en su vía crucis a Farel, quien cuenta el final como testigo presencial. Servet se comportó con total compostura, pidió a Dios perdón para sus acusadores y a los presentes por sus propios pecados, pero no se retractó. Sobre unos fajos de leños verdes y húmedos le atan a un poste de madera con cadena de hierro que enrosca con varias vueltas al cuello y sujeta a sus brazos un ejemplar de su libro; le encajan una corona de paja salpicada de azufre,

y cuando el verdugo le atiza el fuego en su propio rostro lanza un horrible alarido. Farel le ha ido repitiendo que para liberarle le basta confesar que Jesús es eterno hijo de Dios. Tras otro gemido espantoso, grita por fin: «Oh, Jesús, hijo del eterno Dios, ten compasión de mí». Expiró al cabo de una media hora de horrores. He ahí a Servet, *mártir de sus convicciones*.

Calvino se apresuró a publicar en 1554 su *Defensa de la Trinidad ortodoxa contra los errores de*

Miguel Servet, pero al mismo tiempo la crítica adversa se concretó en un pequeño libro anónimo titulado *Sobre los herejes y si puede la autoridad civil perseguirlos a muerte*. Hoy se lo sabe obra colectiva organizada por Sebastián Castellione, a quien Calvino había expulsado de Ginebra. De ella arranca el clamor por desligar la jurisdicción clerical y la civil, por distinguir entre delito religioso y crimen laico, por proclamar la libertad de conciencia religiosa y la



Calvino, grabado de R. Boyvin (1562)

libertad de expresión como derechos humanos inalienables. De ese “círculo de Basilea” constituido por defensores de Servet se propagó esta convicción a Holanda, a Inglaterra, a la Francia de la Ilustración, al Jefferson padre intelectual de Estados Unidos, y hoy es el más digno patrimonio de la Humanidad.

En una carta juvenil a su anfitrión Ecolampadio escribió el mismo Servet: «Considero un abuso muy grave el matar a los hombres por creer que están en el error o por algún detalle de interpretación escriturística, cuando sabemos que el más elegido se puede equivocar». Y Castellione dejó estampadas estas palabras memorables: «Matar a un hombre por sus ideas no es suprimir esas ideas, es matar a un hombre». Como escribe Bainton, toda esta triste historia «debería enseñarnos que nuestros ideales de libertad deben ser repensados continuamente... Hoy día ninguno de nosotros titubearía en arrojar la primera piedra contra la intolerancia de Calvino; pero apenas nos percatamos de que, mientras nos horrorizamos ante la suerte de Servet, ese gran hombre convertido en cenizas por ser fiel a sus ideas, no dudamos en reducir a polvo ciudades enteras bajo el pretexto de defender nuestra cultura». O nuestra religión, o nuestra etnia. Servet es *mártir de la libertad*.

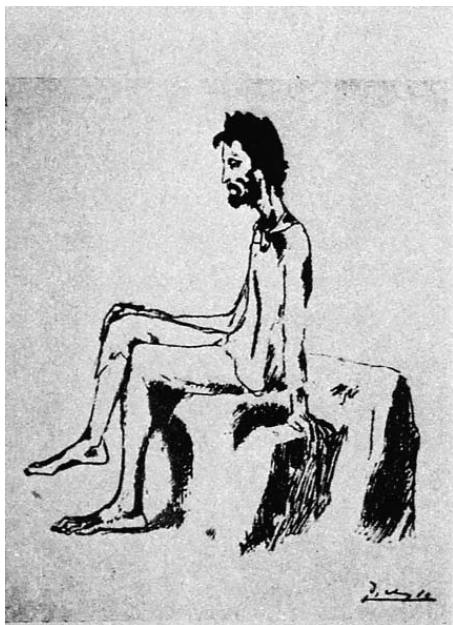
CONCLUSIÓN



Tal es el perenne mensaje del servetismo como sistema intelectual y como propuesta política y humana. Servet vivió aislado, no fundó escuela, no presidió iglesia, no aspiró a ser maestro ni líder, se consumió en un aislamiento aparentemente infecundo del que sólo quedan unos cuantos centenares de páginas que ni en su tiempo ni en el nuestro produjeron otra cosa que asombro a los contados eruditos que pecharon con el esfuerzo de desentrañarlas.

Nadie sabrá ya lo que habría ocurrido si las doctrinas teóricas y las reformas religiosas prácticas de su gran obra hubieran hallado eco. La hoguera tronchó ese eventual futuro. Se yergue así el servetismo como una ya imposible alternativa histórica, pero que aún resulta asequible como propuesta vital a los aislados, inconformes, espirituales, solitarios, voluntariamente renunciantes y, por ello, marginados. No se puede mirar hacia atrás sin nostalgia al imaginar lo que pudo ser un servetismo aceptado como doctrina y vivencia por lo más generoso de los disidentes de entonces y de ahora, individuos, como él, radicales, liberales, prófugos de las iglesias ancladas en el prestigio del poder y del boato, y de las academias rutinarias. A pesar del ansia de tolerancia que se siente por doquier, al cabo de este siglo XX que tantos parecidos ha tenido con

el XVI en replantear viejos problemas que entonces quedaron pendientes, no parece que haya de ser poco lo que podemos aprender de Servet, de sus doctrinas y de los aires de libertad que la reacción contra su muerte produjo. Todos tenemos con él una vieja deuda: la de conocerle mejor y estimarle como se merece.



Servet, por Picasso

OBRAS DE SERVET, Y CÓMO SON ASEQUIBLES



De Trinitatis erroribus libri septem [Siete libros de los errores sobre la Trinidad]. Hagenau: Johan Setzer, 1531. Reimpreso en Ratisbona, 1721. Ed. facsímil, Minerva GMBH, Frankfurt, 1965. Trad. al catalán, *Dels errors sobre la Trinitat*, Edicions Proa, S.A., Barcelona, 1999, de Ana Gómez Rabal, quien trabaja en la trad. al español.

Dialogorum de Trinitate libri duo [Dos libros de diálogos sobre la Trinidad]. Hagenau, 1532. Reimpreso en Ratisbona, 1721. Ed. facsímil junto con *Erroribus*, Minerva, y catalana, como la anterior.

Notas en su edición de *Claudii Ptolomaei Alexandrini Geographicae enarrationis libri octo*, Lión: Melchior et Gaspar Trechsel, 1535 y 1541. Quedan muchos ejemplares, dos de la 1ª en Madrid y uno de la 2ª. Trad. y estudio de José Goyanes como *Descripciones geográficas del estado moderno de las regiones en la Geografía de Claudio Ptolomeo Alejandrino por Miguel Villanovano (Miguel Servet)*. Madrid, Cosano, 1935 (agotado).

In Leonardum Fuchsium apologia. Lión, Gilles Huguetan, 1536 [Apología contra Leonardo Fuchs. Traducción y estudio de A. Alcalá. Villanueva de Sijena, 1981].

Syruporum universa ratio. París, Simon Collinaeus, 1537, 1545, 1546, 1547, 1546 [Razón universal de los jarabes según inteligencia de Galeno. Traducción y estudio de José Goyanes.

MIGUEL SERVET

Restitución del Cristianismo

Edición de ANGEL ALCALA



Madrid, 1943. Nueva traducción, introd. y notas de Ana Gómez Rabal, Ediciones MRA, Barcelona, 1995.].

In quemdam medicum apologetica disceptatio pro Astrologia. Paris, 1538. [Discurso en pro de la Astrología. Traducción y estudio de A. Alcalá. Villanueva de Sijena, 1981].

Prólogo a su edición de la traducción latina y notas críticas de Sancte Pagnini, *Biblia Sacra ex Sanctis Pagnini translatione.* Lyon, Gaspar Trechsel, 1542. Ejemplar en Madrid.

Christianismi Restitutio. Viena del Delfinado (Francia), Arnoullet et Guérout, 1553. [Restitución del cristianismo. Traducción de A. Alcalá y Luis Betés. Edición y estudio de A. Alcalá. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980].

Treinta cartas a Calvino. Sesenta signos del Anticristo. Apología contra Melanchton. [Amplias obras independientes impresas por Servet con *Restitutio*. Trad. y estudio de A. Alcalá. Madrid, Castalia, 1981].

NOTA BIBLIOGRÁFICA



ALCALÁ, Ángel: «Nuestra deuda con Servet: de Menéndez Pelayo a la obra de Barón», *Revista de Occidente*, nº 144 (1972).

—*Servet en su tiempo y en el nuestro. El nuevo florecer del servetismo*. Villanueva de Sijena, 1978.

—*El sistema de Servet*. Madrid, Fundación Juan March, 1979.

—Introducción a *Restitución del cristianismo*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980, págs. 15-111.

ARRIBAS SALAVERRI, Julio: *Genealogía y Heráldica de Miguel Servet*. Instituto de Estudios Ilerdenses, Lérida, 1974.

—*Historia de Sijena*. Inst. de Estudios Ilerdenses, Lérida, 1975.

BAINTON, Roland: *Servet, el hereje perseguido*. Trad. de A. Alcalá. Madrid, Taurus, 1973.

BARÓN, José: *Miguel Servet. Su vida y su obra*. Madrid, Espasa-Calpe, 1970.

BERGIER, J.-F.: «Actes théologiques du procès de Michel Servet», en R.-M. Kingdon, *Registres de la Compagnie des Pasteurs de Genève au temps de Calvin*, t. II. Ginebra, Droz, 1963, pp. 3-54.

CAVARD, Pierre: *Le procès de Michel Servet à Vienne*. Vienne, Syndicat d'Initiative, 1953.

FERRER BENIMELI, José Antonio: *Voltaire, Servet y la intolerancia*. Villanueva de Sijena, 1980.

FRIEDMAN, Jérôme: *Michael Servetus. A case study in total heresy*. Ginebra, Droz, 1978.

GRACIA GUILLÉN, Diego: *Teología y Medicina en la obra de Servet*. Villanueva de Sijena, 1981.

HILLAR, Marian: *The case of Michael Servetus (1511-1553). The turning point in the struggle for freedom of conscience*. The Edwin Mellen Press, Lewiston (New York), y Lampeter, Queenston (Wales), 1997.

SÁNCHEZ BLANCO, Francisco: *El pensamiento filosófico de Servet*. Villanueva de Sijena, 1978.

SOLSONA, Fernando: *Miguel Servet*. Zaragoza, DGA, 1988.



41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo Palacios
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Lucas Mallada y Joaquín Costa** • Eloy Fernández Clemente
45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez
46. **Realizadores aragoneses** • Agustín Sánchez Vidal
47. **El Moncayo** • Francisco Pellicer
48. **Las reinas de Aragón** • Concha García Castán
49. **Bíbilis Augusta** • Manuel Martín Bueno
50. **La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País** •
José F. Forniés Casals
51. **La flora de Aragón** • Pedro Montserrat
52. **El Carnaval en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M^a Victoria Escribano Paño
55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
56. **El arte rupestre en Aragón** • M^a Pilar Utrilla Miranda
57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción CAI100
60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde

65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá



68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín Fanlo
69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
72. **El sistema productivo en Aragón** • Jose M^a García López
73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón
74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra
76. **La fauna de Aragón** • César Pedrocchi Renault
77. **Opel España** • Antonio Aznar y M^a Teresa Aparicio
78. **La Feria de Muestras de Zaragoza** • Javier Rico Gombarte
79. **La jota** • Javier Barreiro
80. **Los humedales en Aragón** • Jorge Abad y José Luis Burrel
81. **Los iberos en Aragón** • Francisco Burillo
82. **La salud en Aragón** • Luis I. Gómez López
83. **Félix de Azara** • M^a Dolores Albiac
84. **Las iglesias de Serrablo** • Equipo de Redacción CAI100
85. **La nieve en Aragón** • Salvador Domingo